

Dos ensayos históricos de Riva-Agüero

Por RAUL PORRAS BARRENECHEA

El Instituto Histórico del Perú, se asocia al homenaje rendido a la eminente personalidad de José de la Riva-Agüero y Osma, con ocasión del décimo aniversario de su muerte y cree hacerlo en la mejor forma, publicando en este volumen, dos trabajos del Maestro, poco difundidos en nuestra patria y que fuera su contribución al Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americanas, celebrado en Sevilla en abril de 1914, con motivo del IV Centenario del descubrimiento del océano Pacífico. Precede a esos ensayos, nota crítica con nuevas aportaciones eruditas, de la autorizada pluma de Raúl Porras Barrenechea, con la cual la Revista Histórica honra la memoria de uno de sus colaboradores de los primeros años y de mayor jerarquía intelectual.—M. M.

Entre los ensayos históricos de Riva-Agüero más sustanciosos y reveladores no recogidos en los dos primeros volúmenes de sus *Opúsculos* —titulado *Por la tradición, por la verdad y por la Patria*, 1937-38— están estos dos sobre el viaje del judío portugués del siglo XVII y sobre el poeta Diego Mexía de Fernán Gil.

La *Discricion General del Reyno del Piru en particular de Lima*, de autor anónimo, se conserva en la Biblioteca Nacional de París en la Sección Manuscritos, con la signatura F.E.280. En el *Catalogue des Manuscrits Espagnols*, de dicha Biblioteca, publicado por Alfred Morel Fatio en 1881, figura ya con el nº 570 este curioso manuscrito, sin noticia alguna sobre su origen. Estaba ahí en la clasificación de 1860, habiéndose encontrado antes en el Departamento de Impresos. Nadie hizo alusión al contenido del curioso documento hasta que Riva-Agüero fué a París y le consultó y reveló en un trabajo presentado al Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americanas celebrado en Sevilla en Abril de 1914, con motivo del IV Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico, y publicado en las *Actas y Memorias* del Congreso editadas en Ma-

dríd, en 1914 (pp. 347 a 384), que aquí se reproduce. El Padre Rubén Vargas Ugarte le consultó años más tarde y le describió en sus *Manuscritos Peruanos en las Bibliotecas del Extranjero* (Tomo I, Lima, 1936; pp. 41-67), en que transcribe una parte de la Descripción de Lima y el Callao. En 1935 leí en la Biblioteca de París el manuscrito del incógnito viajero, tomando apuntes sobre sus principales observaciones y tratando de rastrear su identidad personal. Aparte de los datos completos dados por Morel Fatio, Riva-Agüero y Vargas, sobre el manuscrito, cabe agregar que lleva un sello que atestigua que perteneció a la *Bibliothèque Impériale*, sello con águila y corona, en tinta roja y en la portada en oro sobre rojo, un escudo con una serpiente.

Riva-Agüero caló psicológicamente al autor de la anónima Descripción llamándole "el judío portugués", calificación espiritual que ha persistido, pues como tal se le conoce bibliográficamente en la actualidad. Para definirlo como tal, se basó R. A. en los flagrantes lusitanismos que aparecen en la fábula mixturada de la *Descripción* y en sus resabios anticatólicos. No se ocupó Riva-Agüero de descifrar la personalidad del anónimo judío, la que puede acaso ser desentrañada, confrontando las referencias que él mismo da y nos ponen al filo de la verdad. Las referencias autobiográficas que da son claras. Estuvo en Lima alrededor de quince años, que podrían establecerse entre 1605 y 1620 y casó en esta ciudad con una nieta del doctor Francisco Franco, que fué Rector de la Universidad. Vivió en una huerta propiedad de éste, que daba frente a la Puerta del Cercado, no lejos del Monasterio del Prado. En 1609 presencié el temblor de Lima que cantó Oña. En 1615 concurrí a un alarde que hizo el Virrey Montesclaros en defensa de la ciudad amenazada por los piratas holandeses y en 22 de Julio del mismo año asistí a otra demostración militar ante el anuncio de la llegada de cinco navíos holandeses. Estuvo en esa parada con las armas en la mano, para defender la entrada del corsario y porque había pena de muerte para los que se meneasen del puesto. El corsario "anduvo tan cortés que disparó sólo dos piezas por alto" y el judío portugués pudo volver tranquilamente a su mansión y más tarde embarcarse para Europa y enviar su relación a la ciudad de Amsterdam.

De estos datos pudiera extraerse alguna hipótesis sobre la identificación personal del presunto judío portugués. En una investigación sumaria y preliminar que he realizado sobre la familia del médico Franco, algo judaico en sus procederes sobre cobranza de honorarios, podría enunciarse la posibilidad de que el autor anónimo no fuese judío sino gallego y se llamase Pedro de León o Salvador de Venencia. El primero, natural de Viana en Galicia, hijo de Cristóbal Pérez de León y Antonia Méndez, casó en 1607 con Francisca Ordóñez, hija legítima de Juan

Franco —hijo del doctor Franco— y de Juana Mexía. El segundo, fué hijo de Juan de Benencia y de Laura Canelas y casó en Lima el 12 de Enero de 1612 con Lucrecia Marmolejo y Franco, hija de padres no conocidos. La boda se realizó en casa de doña Luisa Ordóñez de Franco, que había acogido a la niña desde su infancia.

La *Descripción del Perú* del anónimo judío gallego o portugués, es documento histórico y sociológico de gran valor, como se desprende de la cernida síntesis que de él hace Riva-Agüero. Sus notas sobre la realidad geográfica del Perú, sobre la vida civil, las costumbres, la psicología de los pobladores, las clases sociales, las condiciones económicas, el auge y opulencia del Virreinato peruano, vienen a sumarse a las observaciones de los escasos viajeros del siglo XVI, casi todos españoles. Ningún viajero extranjero —a excepción de John Ellis, inglés, compañero de Hawkins, que penetró a la sierra del Perú, vió el Cuzco y dijo que “era tan grande como Bristol”— pasó de las costas peruanas o de las pequeñas ciudades del litoral. El testimonio del judío anónimo, si fué portugués, tiene, por esto, un interés excepcional. Es el único testimonio extranjero profusamente informado de la realidad peruana, que la juzga con ojos extraños y cuyas afirmaciones habría que confrontar con las de los viajeros contemporáneos, los españoles Lizárraga, Vásquez de Espinosa, Ordóñez de Cevallos, Caravantes, Ramírez y el padre Cobo, los geógrafos López de Velasco y Herrera o el solitario viajero italiano Carletti.

El segundo ensayo de Riva-Agüero es sobre el poeta sevillano Diego Mexía de Fernán Gil y tiene un gran interés para la historia literaria. Sólo se conocía la *Primera Parte del Parnaso Antártico*, publicado en Sevilla en 1608, la que ha merecido el elogio de los principales críticos de la literatura peruana. Diego Mexía fué, según Menéndez y Pelayo, “el mejor traductor de las *Heroidas* de Ovidio que hasta ahora ha logrado nuestra lengua” y el introductor del terceto en la poesía peruana. Fué tal su maestría en la interpretación del poeta latino, que pudo, según Menéndez y Pelayo, ser llamado más imitador que traductor. Y no es improbable que el mismo Mexía fuese el autor del notable *Discurso en Loor de la Poesía*, que precede a su obra y se atribuye a “una señora principal de este Reino muy versada en la lengua Toscana y Portuguesa”.

El Catálogo de Manuscritos Españoles de la Biblioteca Nacional de París de Morel-Fatio describía ya en 1881, bajo el número 599, el manuscrito de la *Segunda Parte del Parnaso Antártico* de Diego Mexía de Fernán Gil, dedicado al Príncipe de Esquilache en 1617, con la firma autógrafa del autor. Consta el original de 209 fojas y ostenta en la pasta las armas de los Borja. Existía y fué clasificado en la Biblioteca de París antes de 1860. Menéndez y Pelayo, basándose en este Catálogo, se

refirió a la *Segunda Parte del Parnaso Antártico* en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, anunciando que formaban esta nueva colección poética de Mexía doscientos sonetos sobre la vida de Cristo. Al presentar su ponencia al Congreso de Historia y Geografía de 1914, junto con la relativa al Judío Portugués, Riva-Agüero no fué, pues, el descubridor de una nueva obra de Mexía, sino tan sólo su revelador literario y su brillantísima exégeta. El trabajo de Riva-Agüero —que fué reproducido en las *Actas y Memorias* del Congreso (pp. 385 a 427), y de donde lo tomamos para la *Revista Histórica*— fué también publicado en parte en la revista *Cultura*, de Bustamante Ballivián, en los números 1 a 3 en 1915 y en su exégesis magistral se han fundado las referencias posteriores que a esta etapa de la obra de Mexía de Fernan Gil se han hecho en las bibliografías y panoramas críticos de nuestra literatura. De ahí la conveniencia de publicar, nueva e íntegramente, estos ensayos de tanto relieve y trascendencia para nuestra cultura histórica y literaria.

Lima, 1955.

RAUL PORRAS BARRENECHEA



José de la Riva-Agüero y Osma.

Lima, 26 de febrero 1885 - Lima, 25 de octubre 1944.

Descripción anónima del Perú y de Lima a principios del siglo XVII

COMPUESTA POR UN JUDIO PORTUGUES Y DIRIGIDA A LOS
ESTADOS DE HOLANDA

Por Don JOSE DE LA RIVA AGÜERO

No faltan por cierto descripciones de las diversas épocas del Virreinato peruano y de la Lima colonial, bastando recordar entre las generales de aquél la Primera Parte de la *Crónica*, de Cieza; la *Descripción y Población de las Indias*, de Fr. Reginaldo de Lizárraga; la *Historia del Nuevo Mundo*, del jesuíta Bernabé Cobo, y el *Viaje* del francés Frezier; y entre las particulares de Lima las de los franciscanos Buenaventura de Salinas en su *Memorial de Historias* y Diego de Córdoba en su crónica conventual, la del Dr. Montalvo, copiada por el dominicano Meléndez, y la del naturalista Haencke, publicada hace pocos años en el *Ateneo del Perú*. Pero una de las más ricas, sugestivas y pintorescas permanece inéditas en la Biblioteca Nacional de París, catalogada por el Sr. Morel-Fatio con el número 570 entre los manuscritos castellanos allí existentes. No ha sido aún, que sepamos, utilizada ni menos analizada por nadie. Lleva por título *Discrición general del Reyno / del Piru, en particular de Lima*. Es una esmerada copia, sin dedicatoria ni firma, en letra del siglo XVII y en un tomo empastado que al dorso dice con letras doradas *Discrisio de Lima*. Mide 185 mm. por 152. Tiene al principio 5 fojas en blanco; la relación se contiene en 235 numeradas; y a continuación, de la 237 hasta la 265, viene una *Memoria de todos los generos de mercadu / rias que son necessarias para el peru, y sin / ellas no pueden pasar porque no se fabrican / en la tierra . . .*

Fué el autor un portugués, como lo acreditan infinidad de palabras de aquel idioma y de formas y giros netamente lusitanos; y debió de ser judío, por el odio que manifiesta a la Inquisición, los frailes y la Iglesia, el completo silencio que en sus fórmulas y exclamaciones religiosas guarda acerca del Nombre de Cristo, algún recuerdo de la destrucción de Jerusalén por los romanos y el hebraico sabor de frases como éstas: "A honra y gloria del Señor del Mundo. . . Sólo Dios es firme, y sus cosas firmes y su palabra verdad. El nos encamine en todo lo bueno y nos aparte de todo lo malo. . . Y todo reino y gentes que al Señor no temen, no pueden dejar de tener mal fin, porque todas las cosas deste mundo llegan a sus términos limitados".

Dedúcese que escribió su relación en Holanda de que para narrar las incursiones del corsario Spielberg en las costas del Pacífico, dice: "Entraron por el estrecho de Magallanes *cinco navíos de estas tierras*". Se dirige al Gobierno de las Provincias Unidas, con propósitos a la vez mercantiles y militares, como lo indican las muchas noticias que da de las mercaderías, puertos, desembarcaderos, fuertes, armas, milicias, gente de guerra y posibles defensas de los territorios del Perú y sus anexos, y como lo declaran las palabras finales: "Con esto hemos concluido con nuestra historia de las Indias, a gloria y honra de Dios y *servicio de vuestras señorías a quien el se sirva de aumentar y hacer señores de grandes reinos y señoríos para su santo servicio y bien de vuestras señorías*".

Residió en Lima por más de quince años, empleado en una tienda de mercaderías, con salario de 9.000 reales, y casó con una criolla limeña, nieta del Dr. Franco, que en dote le trajo una huerta frente a la puerta del Cercado y al monasterio del Prado. Presenció en la villa de Ica, donde vivió de asiento algún tiempo, el terremoto de 26 de noviembre de 1605, y en Lima el de 19 de octubre de 1619. Sin duda que como infante miliciano en una de las compañías regladas de mercaderes, asistió al alarde general que hizo el Virrey Marqués de Montesclaros en la Plaza de Armas de Lima el año de 1615 y a la defensa del Callao el 22 de julio del mismo año contra la escuadra holandesa de Spielberg, quien fondeó a la vista del puerto después de haber derrotado en Cañete a la nave capitana de D. Rodrigo de Mendoza y de haber echado a pique a la almiranta mandada por D. Pedro de Pulgar.

Viajó mucho por el interior del país. Recorrió los caminos de Lima al Cuzco y Potosí; y parece testigo de vista en la descripción de los de Buenos Aires y Tucumán y las llanuras del Río de la Plata. En cambio, la de Chile es tan somera que es de creer que se funde en testimonios ajenos. A la ida o al regreso del Perú, tocó en Cartagena y la Habana, de que habla con muchas particularidades en los últimos capítulos.

Viene a ser así esta descripción, no sólo del Perú propiamente dicho, sino de mucha parte de las Indias Occidentales, porque fuera de Méjico, la América Central, Venezuela y el Brasil, de que no trata, todas las demás colonias americanas están incluídas en ella, y con interesantísimos pormenores acerca de su comercio, pobladores y producciones. La relación de Tierra firme y las ciudades de Portobelo y Panamá, que lógicamente debía estar al principio, se encuentra al fin, porque es grande la arbitrariedad y el desorden con que van dispuestas las materias.

El manuscrito comienza con elogios de las riquezas naturales del Perú: "El Piru Prouincia y Reyno Rico y poderoso donde se allan ricas minas de plata y oro y azogue y plomo y estaño y cobre: abastesida de todo genero de sustento tierra rica y abundante de ganado y todas suertes de sustentos y aues y pescados tierra templada y limpia de serpientes

y animales ponsoñosos y brauos tierra de muchas yeruas y cosas medicinales”.

Da luego idea general de las tres regiones, Costa o Los Llanos, Sierra y Montaña; y en seguida describe el itinerario del Callao a Panamá viniendo por el mar hasta Paita. En todo el viaje, hasta llegar al Callao, se invertían entonces de catorce a veinte días. Pasada la línea equinoccial, toca en Manta, *primero puerto y lugar del Perú*. Halla que tiene buen fondeadero. “A dos leguas por la tierra adentro está Portoviejo, villa donde a treinta casas de españoles, gente que posehe muchos ganados y pocos dineros”. En Guayaquil encuentra mucho contrato de mercaderías que van de Lima a Quito, buenas noticias de mercaderes, corte de maderas, construcción de naves y cultivos de Tabaco y zarzaparrilla. En Paita, el puerto es grande y espacioso, “limpio de ascollos y baxios, seguro de tempestades. Pueden en el caber y entrar quantas naues quisieren”. Piura “es lugar abierto y de poca traca”. En su comarcas se crían muchos ganados, yeguas, caballos, mulas, vacas, ovejas y cabras, muchas gallinas, y hay mucho trigo, maíz y otras cosas. A siete leguas del río de Piura está la Estancia del Negro; y luego por des poblados en que hay algunos bosques y muy poca agua, y esa salobre, se llega al pueblo de Olmos de los Arrieros.

Apartándose aquí de su camino, da muy breve noticia del interior que va de Cartagena a Quito, y habla del “*novo Reino de Granada*, donde llueve y hay grandes bosques y culebras que no fazen mal”; y de Quito, muy abundante de trigo y ganados, “ciudad grande y de bon trato. Fazen muchos paños, bayetas y zapatos de baqueta” para los negros. Habla muy poco de Loja, Jaén y Chachapoyas; y volviendo al camino de la Costa, pasa de Olmos de los Arrieros a Lambayeque, Jayanca y Ferreñafe, tierras de mucho algodón y buen corregimiento; y a la villa de Saña, poblada de españoles y la mejor y más rica de los Llanos, que tenía gran trato de todas suertes de mercaderías. Su puerto, malo y desabrigado, es Chérrepe. De Saña subía el camino para Cajamarca y la Sierra. Continuando el itinerario del litoral, pasa de Saña a Pueblo Nuevo; a Guadalupe, monasterio de frailes agustinos; a San Pedro de Llocí, que equivocadamente llama San Pedro de Mama (confundiéndolo con la localidad así denominada en las cercanías de Lima, a orillas del Rímac); y a Trujillo, “ciudad fertilisima y regalada, donde ay corregidor y obispo y monasterios de *fraires* y monjas y teatinos, y grandes casas de Caballeros y ricas tiendas de mercaderes”. El valle de Chicama es “el mejor y mas fértil que tienen todos los llanos”. En él había mucho trigo y harina e ingenios de azúcar, olivares de “aceituna mas gorda que la de Sevilla”, y algodón del cual se hacían los pábilos que se llevaban a Lima, a Potosí y a todos los asientos mineros, y los sacos en que se ponían las harinas que iban por mar a Panamá, Portobelo y otras partes. Se exportaba igualmente de aquí y de Saña para toda la Costa mucho azúcar y conservas. Trujillo tenía 1.500 vecinos españoles,

y muchos indios y negros para la labranza de los campos y el servicio en la ciudad. El río de Santa, "el más recio y mayor de los llanos", se pasaba en balsas "*feitas* de calabacos que llaman *mates*". La villa tenía hasta 70 casas de españoles y algunas de indios, y había negros esclavos en ella y en su campiña. Hacíase azúcar y se llevaba trigo a Lima, vendiéndose en mayor precio que el de los otros valles. Guambacho, Casma Alta y Casma Baja, eran lugares de indios; pero en las haciendas comarcanas vivían algunos españoles. En las quebradas próximas, hacia el interior, se hacía algún vino. Huarmey tenía algarrobos y abundancia de caballos, ganado de cerda y buen pescado.

Por la Sierra, de Cajamarca se bajaba a Huaylas, donde había obras de frazadas, bayetas y cordellates de colores, todo lo cual se llevaba a Lima para vestir a los negros.

De Huarmey el camino de Los Llanos seguía a La Barranca por catorce leguas. En este espacio, los parajes principales eran: el mal paso llamado Salto del Fraile; el gramadal Jagüey de las Zorras, sin agua y situado junto al mar, y el lindo río de Paramonguilla. Junto a la desembocadura de éste se ve una montaña alta con ruinas indias. "Y por todos estos valles y faldas de las montañas ay muchisimos lugares despoblados y cahidos del tiempo que los yndios eran señores de sus tierras". Cuando el río de La Barranca venía crecido, se pasaba cuatro leguas más arriba, por el ingenio de azúcar llamado de *Doña Bernarda*. De La Barranca se va a Supe, "donde se hazen lindos jarros que llevan a Lima". Allí junto "una casa de frailes agustinos con sus labranzas y muchas crias de ganados y muchos modos de frutos por todas suertes... Por todos estos rios arrimados a la sierra viuen muchos indios alegres y contentos, aunque los españoles los trahen muy oprimidos y sus doctrinantes les cogen todo su bien".

En Huaura había muchos y muy buenos ingenios de azúcar, y se cogía mucho trigo. La villa contaba 100 casas de españoles y bastantes más de indios. Trabajábanse las salinas "las más famosas y buenas que deue tener el mundo, que para todo él dizen que puede dar sal esta salina". De Huaura salen a Lima dos caminos: el de la orilla del mar y el de las lomas que va a las estancias de Chancayllo, donde hay agua, y a la villa de Chancay, que tenía 100 casas de españoles y muchas de indios, un puente de piedra sobre su río, y en los campos de su contorno azúcar, trigo, maíz, viñas, leñas, aves y ganados. De aquí, por la Sierra de la Arena, se bajaba a una ensenada de pescadores, distante cinco leguas de Lima (Ancón) y a los campos de Carabayllo, en los que había junto al mar "una estancia de yeguas y mulas muy valientes" (¿La Mulería?). En el camino de la Sierra de la Arena (¿Piedras Gordas?) *sole* de aver negros *simarrones*, que son los que se fuyen de sus amos por malos tratamientos que les hazen, y otros porque son ladrones y vellacos".

A continuación, y antes de entrar a tratar de Lima, habla de Huá-

nuco de los Caballeros, villa de 300 casas de españoles y que pondera como verdadero paraíso terrenal por ser la del mejor temple del Perú. Llama Marañón al río Mantaro que nace en las sierras de Bombon y pasa por Jauja y cerca de Huamanga; y agravando este error geográfico, supone que después de penetrar en las montañas, tuerce su curso al Occidente y vuelve a las cercanías de Huánuco.

Descripción de Lima

Es animada y rica de color la pintura que el judío portugués hace de la ciudad de Lima. Celebra con insistencia en varios pasajes de su relación la suavidad del clima, la igualdad de los días y las noches, la benignidad del ambiente, la verdura perenne de los campos y el agrado y lucimiento de las casas, casi todas con jardines y hermosos balcones, adornados los patios con macetas de alelíos, claveles, albahacas y rosas, y las ventanas de enredaderas y de la preciada hierba llamada *la congona*, que huele a clavos de especiería. Se muestra entusiasta de la belleza y desenfado de las criollas, a quienes describe vestidas de seda y terciopelos de oro y plata, muy adornadas con cadenas de oro, gruesas perlas, sortijas, gargantillas y cintillas de diamantes, rubíes, esmeraldas y amatistas, yendo a visitas en sillas de manos, a hombros de los esclavos negros y seguidas de ancianos escuderos españoles, o arrastradas en carrozas de mulas o caballos que conducían cocheros negros. Los hombres blancos, galanes y bizarros, vestidos de sedas y paños de Segovia, con cuellos de puntas de Flandes y con medias de seda, andaban casi todos a caballo, y cuando salían de Lima, aún a cortas distancias, llevaban buenas mulas, vajillas de plata, cama dentro de un almofrez y séquito de esclavos.

Las fiestas eran numerosísimas, y las procesiones "con muchas danzas, y tanto estruendo, instrumentos e invenciones, que no hay ciudad en España en que se haga tanto, ni donde cuelguen las calles con más riquezas". Todos los meses jugaban toros y cañas; de continuo había comedias y músicas, salidas a holgar al campo, meriendas y banquetes en las huertas y todas las tardes paseos de caballeros y mercaderes por la ciudad y la campiña. Sobre estos esparcimientos ordinarios, venían los regocijos extraordinarios de las entradas de los Virreyes, y los grados doctorales en la Universidad, "que hay bien que ver en ellos y oír sus *vejámenes*". Admira, como era natural en aquel tiempo, lo ancho y recto de las calles "sin hacer embueltas ni rincones", muy derechas y empedradas, salvo en el centro para el tránsito de los coches. Menciona el puente de piedra que construyó el Marqués de Montesclaros; y los arrabales de San Lázaro, al otro lado del río, y el del Cercado, con 800 indios ricos y ladinos y con jardines cuyas producciones enumera y alaba menudamente. Pero si lo enamoran el clima, alegría y riquezas de la ciudad, le causan profundo desvío el Tribunal de la Inquisición "tan te-

mido y aborrecido de todas las gentes"; la influencia preponderante de los jesuitas, "que no ha ninguno que sea pobre, y que engullan en el Perú muy grandes bocados y no se ahogan, porque tienen estómago para todo"; el poderío de las demás órdenes religiosas, de cuyos frailes dice: "esto son los que mejor se aprovechan en el Perú o los que mejor saben furto en bon romance"; y los excesos de las autoridades civiles, corregidores, visitadores y demás oficios reales que "todos van forros y a partir, porque el que menos roba se tiene por más apocado, y el que más roba se tiene por mejor y más honrado".

Esta su insistencia en poner de resalto los malos aspectos del régimen colonial, ésta su actitud de crítica descontentadiza y mordaz, natural en quien como él era miembro de una minoría odiada y perseguida, explican sus desfavorabilísimos juicios acerca del carácter criollo. Tiene a los hombres por vanidosos, jactanciosos, embusteros, y dados a la disipación y a los vicios, y a las mujeres, cuya belleza alaba tanto, por livianas y gastadoras en extremo. A ratos las páginas de su relación se convierten en la crónica escandalosa de la sociedad limeña, aunque sin indicar nombres propios, pero dando tantos indicios sobre los autores de ciertos delitos, que no sería tarea imposible para la erudición acertar a identificarlos. A duras penas reconocer que hay en el Virreinato y su capital gentes buenas, honradas y virtuosas. Algunas veces contradice sin querer sus detracciones, porque habiendo descrito con muy vivos colores la codicia, el ansia de dinero y los fraudes en negocios y herencias, se le escapa luego reconocer que se socorren mucho los unos a los otros, y que el trato mercantil de Lima es el mejor y más sin pesadumbre que se puede hallar en el mundo, resolviéndose las diferencias entre mercaderes por árbitros de buena conciencia, con lo cual se excusan pleitos. Al paso que dice que son holgazanes los limeños, declara que todos, hasta los más grandes caballeros, se dedican al comercio y que son "tan diestros en toda suerte de mercaderías que no se sabe otro que sepa más que ellos". Tras de pintar tan al vivo las exacciones administrativas, viene a confesar: "Se dice quien va al Peru de ciento no vuelve uno, *porque demas de su gran abundancia y hartura hay en ella pocos tributos, pocos derechos, pocas aduanas, pocas alcabajas...* Por estas causas no quieren los hombres volver a España, que en volver en habiendo dineros en cosa fácil". Sus observaciones sobre la moralidad y costumbres del país son muy interesantes y merecen tenerse en seria cuenta, pero sin olvidar que quien las formula era probablemente un perseguido del Santo Oficio, que se dirigía a los enemigos de España procurando lisonjearlos, y que aún involuntariamente habían de influir en sus apreciaciones los recuerdos de las persecuciones y sospechas de que sus correligionarios eran objeto en el Perú, que sin duda también a él le alcanzaron, y que tenía que haberlo agriado el ánimo el ambiente de menosprecio y recelo que rodeaba en Lima a los portugueses judaizantes.

Para animar a los holandeses a un desembarco, repite mucho que Lima carece de murallas, fuertes y defensas, que no hay en ella guarnición ni presidio de tropas pagadas, y que las milicias son bisonas, poco numerosas y de escaso ánimo militar. Indica también el peligro de una sublevación de esclavos, tan temida de los españoles, que prohibían con severas penas a los negros llevar armas. Había más de 40.000 esclavos en la capital y sus alrededores; pero lo que les impedía concertarse para un alzamiento eran los odios que se profesaban las diferentes castas y razas de ellos. El vecindario español, según los datos que trae el judío, no excedía de 4.600 hombres y un número algo mayor de mujeres. De éstos, 100 eran encomenderos de indios y constituían propiamente el cuerpo de la nobleza, de la cual salían 24 regidores del Cabildo. De frailes, clérigos, estudiantes, colegiales, letrados y forasteros, calcula a lo más 2.500. Había representantes de todas las provincias de España, y no faltaban extranjeros, a pesar de las prohibiciones y dificultades que establecían las órdenes reales: franceses, italianos, alemanes, flamencos (uno encontró en el interior, a orillas del Apurímac), griegos, raguseses, corsos, genoveses, ingleses, y hasta moriscos y gentes de la India y de la China. Entre los españoles era muy viva la enemistad de los meridionales y extremeños contra los vizcaínos; y de los soldados pobres que vagabundeaban por los caminos y que hacían oficio de *bravos*, contra los ricos encomenderos y los empleados reales.

Las compañías de milicias de a pie en Lima eran ocho, cada una de a 150 hombres, que eran los zapateros, sastres y oficiales de la ciudad. Las de caballería eran de a 600, inferiores aún a las de a pie y compuestas por los arrieros, chacareros y mayordomos de labranza del valle. A más de estas fuerzas, existía la guardia del Virrey, que era una compañía de gentileshombres lanzas y otra de arcabuceros, cada una de a 100 hombres, todos blancos. Los primeros ganaban 80 pesos ensayados, y el capitán 3.000; y los segundos 100 y 1.000 más el capitán. Milicias y guardias juntas, en los alardes que presencié el judío, no subían a 1.300 plazas.

Ganaba el Virrey por entonces 40.000 pesos ensayados al año; pero cada vez que iba al Callao a despachar la armada se le abonaban 3.000, y cuando se dirigía a algún otro punto por servicio del Rey 10.000 de ayuda de costa. Nombraba a sus más inmediatos parientes o amigos para los dos mejores cargos, que eran el de General de la Mar y el Callao y el de Capitán de su guardia, cada uno con 3.000 pesos. Proveía gran número de corregimientos por tres años, pues los de mayor importancia, que duraban seis años, eran provistos directamente por el Rey. "Con los dineros de las cajas reales tratan los corregidores, y con sus tratos se hacen ricos, porque de salario no tienen más de 800 pesos ensayados, excepto algunos particulares corregimientos". Los había que de provechos ilícitos daban en tres años 100.000 pesos. Los oidores, alcaldes del Crimen, inquisidores y maestros de campo, ganaban 3.000, y los tesoreros y

contadores 2.000; pero "todos son ricos y poderosos, todos gastan como príncipes, y son temidos y respetados". Rodeaba al Virrey una verdadera corte, y eran de gran provecho los oficios de mayordomos, mestresalas, gentileshombres de cámara y demás que constituían la alta servidumbre. Servíanle de pajes los hijos de los señores más ricos y principales del Perú.

El Palacio, adornado interiormente, con grandes riquezas, tenía dos vastos patios. En el del lado de Occidente estaba la escalera que subía a las piezas del Virrey, custodiada siempre por 30 alabarderos y que daba a la calle que hoy llamamos *de Palacio*. En la esquina de ésta y la plaza de Armas, formando ángulo con las casas de Cabildo, que estaban fronterizas, se encontraba la Casa de Armas donde se guardaban las de todas las tropas, algunas piezas de artillería y algunos pedreros. Lo restante de este patio lo ocupaban las Cajas Reales y la Capilla, situada en el mismo lugar de la actual. Por detrás de ella corría un pasadizo que usaba el Virrey para acudir a los locales de la Audiencia y los tribunales restantes, que ocupaban el patio de Oriente. En el centro del Palacio estaba el jardín; y detrás, hacia el río, las casas de los criados del Virrey. En la esquina que correspondía a las Carnicerías, fronteriza a las casas de don Francisco de la Cueva, la Cárcel de Corte, construída en tiempo de Montesclaros (actual Ministerio de Gobierno e Intendencia). A este lado (que después se llamó calle de la Pescadería) se abría una puerta, correspondiente a la que del otro lado conducía a las habitaciones del Virrey. A continuación y en el ángulo de la Plaza frontero al Palacio Arzobispal, funcionaba la Sala de los Alcaldes del Crimen.

En el centro de la Plaza había una fuente de agua en una taza de piedra. Al lado del Oriente, la Iglesia Catedral "feita por la traza mayor de Sevilla", con muchas capillas y riquezas de oro y plata labrada; y junto, las casas del Arzobispo. Frente a este lado y al Palacio del Virrey se extendían, como hoy, los dos portales. El que ya se llamaba de *Escribanos*, estaba ocupado, a más de los oficios de éstos, que le dieron el nombre, por algunas tiendas de guanteros, y por las casas de Cabildo y la Cárcel de la Ciudad.

De esta esquina, sale la calle que lleva al río y pasa por el Puente de Piedra, y termina en la Iglesia y hospital de San Lázaro, que servía a los enfermos de este mal, situado en el barrio nuevo, que hoy llamamos de Abajo del Puente y que ya contaba más de 600 casas. A la izquierda se tomaba el camino real de Los Llanos. A la derecha, delante del cerro de San Cristóbal, la Alameda, con calles de naranjos, cedros, olivos, manzanos y álamos, en medio cuatro fuentes de agua con tazas de piedra, y en el fondo el monasterio de frailes franciscanos con buena casa y huerta. Río arriba y pasando junto al cerro, el camino para Lurigancho, lugar de indios a una legua de la ciudad, y el camino de la Sierra.

De la esquina de la Plaza que ocupaba la Sala de los Alcaldes del

Crimen sale otra calle que pasa junto a la Cárcel de Corte y que iba a las Carnicerías (actual de la Pescadería). Tuércese a la derecha a la plaza de San Francisco, con su monasterio grande y muy rico, situado junto al río, y que con la anexa huerta de los frailes ocupaba el espacio de dos cuadras. De allí sube la calle al monasterio de Santa Clara, junto al cual corre, en dirección de Norte a Sur, la mayor acequia de la ciudad, y sigue al Cercado de los indios y al camino de la Caja de Agua, que ocupaba el medio de un verde prado, de donde partían el camino al valle de Santa Inés y el de la Sierra.

Del frente de Palacio y de la esquina de las casas del Arzobispo, sale otra calle (que hoy sigue llamándose *del Arzobispo* en su primera cuadra) a la cual daban el Colegio de Santo Toribio y las casas del Correo Mayor (las de los Carvajales, tronco de los Duques de San Carlos, situadas en la esquina de las cuadras que ahora se llaman de San José y Aparicio). Desemboca en la Plaza de la Inquisición, a cuyo lado Sur estaban la cárcel secreta, capilla y casas de los inquisidores; y cuyo lado oriental ocupaban la Iglesia y casa de la Caridad, donde se curaban las enfermas menesterosas y se recogían arrepentidas y doncellas pobres. Apegado a esta casa se levantaba el Colegio del Rey (Universidad de San Marcos y Colegio Real de San Felipe). Sigue subiendo la calle a la Plaza de Santa Ana, en la que se encuentran el monasterio de Monjas Descalzas, el Hospital de Indios, que tenía 30.000 pesos ensayados de renta, y la iglesia parroquial de Santa Ana. Continúa la calle por el lado de las Descalzas; y pasando por la calle de la *Peña horadada* (que ya se llamaba entonces así), va a la iglesia del Prado junto a la puerta del Cercado de los indios. Recuerda melancólicamente el judío que aquí se hallaba la huerta del Doctor Franco, de la cual él fué dueño. Partía para el Oriente un camino que entre chácaras de trigo y alfalfares iba hacia la mano derecha al lugar de Late, distante dos leguas de la ciudad. Otro camino tuerce para Santa Inés y la Sierra; y volviendo al real se pasa por la Rinconada de Late, sitio de regocijo, para los limeños, donde había muchos sembríos de hortaliza, pepinos, camotes y maizales. A la izquierda de la Rinconada parte el camino para la Cieneguilla.

Junto a la Catedral pasa otra calle que se dirige al monasterio de la Concepción (la cuadra que después se llamó *de Judíos*), el cual "es de monjas, rico y regalado". Va al Hospital de San Andrés, grande y buena casa de españoles, y desemboca en la Plaza de Santa Ana, en la que se juntaba con el camino real de la Sierra. De Santa Ana a la mano derecha, se iba a la calera y horno de ladrillo de Alonso Sánchez Calero, que servía 400 esclavos, y el camino real de Los Llanos. Subiendo de este punto hacia el oriente estaba la Huaquilla de Santa Ana. Aquí había "un grande campo, todo en redondo, lleno de huertas, y se va a dar a una acequia grande de agua". Por allí se dirigía a un camino a la Casa de la Pólvora, donde se fabricaba mucha y muy fina, y había para ello molino de agua y depósito, a un cuarto de legua de la ciudad.

La calle que de la Plaza salía al Sur junto a la Catedral, recibía al principio el nombre de *la de los Roperos*, por las muchas tiendas de vestidos para los negros que la ocupaban. Pasaba por las espaldas del monasterio de los frailes de la Merced, e iba a parar al de monjas de la Encarnación, "casa la más famosa de Lima, donde ha más de 400 mujeres, la mayor parte profesas, y recogidas muchas hijas de señores ricos para que deprendan buenas costumbres y las sacan para las casar". Tanto las monjas como las seglares recogidas y educadas tenían esclavas negras para su servicio particular. Grandes encarecimientos hace el portugués de este convento: "Hay hermosas discretas mujeres, dotadas de mil gracias. Fazen conservas y colaciones, de tanto modo y tan buenas que no se puede imaginar cosa de mayor regalo. Tienen una grande y regalada huerta; y coge el monasterio y su huerta dos cuadras de largo y una de ancho". Por esta dirección seguía la calle a los Recoletos Dominicanos (debe de ser equivocación por franciscanos, que eran los que tenían la recolección de Guadalupe, situada en aquel lado). De aquí partía el camino que empalmaba con el real de Los Llanos.

La más famosa y animada de las calles de Lima era a la sazón, como lo es todavía hoy, la de Mercaderes, que de la Plaza salía al Sur por entre las esquinas de los portales de Escribanos y Botoneros. En ella había "a lo menos 40 tiendas surtidas de cuantas riquezas tiene el mundo. Aquí está todo el principal negocio del Perú porque ha (*sic*) mercaderes en Lima que tienen un millón de hacienda y muchos de 500.000 pesos; y de 200 y 100 mil son muchísimos; y de estos ricos, pocos tienen tiendas, y envían sus dineros, a emplear a España y a México y otras partes, y algunos tienen trato en la Gran China. Aquí fian las mercaderías por lo menos por un año, y si son memorias grandes las fian por un año y dos y tres, por sus tercios la paga... La orden de vender y comprar es que ha muchos años que el Corso, que fue el mayor mercader y mas rico que ha tenido el Piru, que sus hijos son Marqueses de Cantillana junto de Sevilla; este Corso fizo una tasa ensayada de cuantas mercaderías se labran y hacen en todo el mundo, y todas se obligó a dallas por aquellos precios, y unas mercaderías puso muy altas y otras muy bajas, conforme en aquel tiempo tenían el valor; y las mercaderías que no hubo en su tiempo y despues se fabricaron y se les dio nombre, le ponen los corredores su precio y tasa. Y esta tasa se conserva hasta hoy en día. Pues la orden que tienen los mercaderes para comprar sus mercaderías es que toman las memorias de las mercaderías que les dan los cargadores para que compre con los precios que costaron las mercaderías en España o Mexico, y luego la van retasando, y unas mercaderías bajan y otras suben conformes corren y valen las mercaderías en la tierra, y ansi fazen la tasa en corriente, dando a cada genero el valor porque se puede vender en el tiempo que compran; y feita la cuenta y retasa por presio de los pesos ensayados questo se entiende la tasa y la hago tambien por la cuenta corriente, questos son los precios porque

se puede vender las tales mercaderias; y sumado una cuenta y otra, reducidas ambas cuentas en corriente, luego se echa de ver si se puede ganar o perder; y las propias retasas y cuentas hacen los señores que venden, y conforme sube de la tasa o baja estas mercaderias, ansi compran a tantos por ciento mas o menos de la tasa, y despues de concertados envian los fardos como vienen de España en casa del comprador y alli le van entregando todo por cuenta y razon; y siempre se saca de partido cuando se compra que han de quitar daños y adiciones. Daños son las cosas que van rotas o podridas, o mojadas o manchadas; y adicion es ser en los generos de la mercaderia que se vende de diferente calidad o decir ques de un maestro y ser en de otro, o decir que un paño es veinticuatreño y ser veintidoceno o no tener en la marca y cosas semejantes. Esto se entiende daño y adiciones. Pues y a los quitar nombran de cada parte un tercero y a estos les van enseñando todo lo que tiene daño o adicion; y estos que siempre son mercaderes de buena conciencia quitan lo que les parece que es razon y se rebaja del valor de las mercaderias y con esto nunca se vuelve genero de mercaderia... Y otros compran a la tasa corriente y otros un tanto por ciento sobre los costos de Castilla o México; y algunas veces se compran generos sueltos, mas en siendo memorias grandes y surtidas (que hay algunas de 100.000 pesos) siempre se compran por la tasa. Todos los mercaderes son des- trisimos en comprar, que hay tal mercader que coge todas las mercaderias que salen a la plaza para se vender y las retasa todas en poco tiempo; y dalli escoge y compra las que mejor le parece. Con esto se puede entender lo que son mercaderes de Lima; y dende el Visorrey hasta el Arzobispo, todos tratan y son mercaderes, aunque por mano ajena y disimuladamente”.

Tras esta explicación de los usos del que fué su oficio, hecha en lenguaje incorrectísimo y oscuro, pero interesante en sumo grado para la historia económica colonial, prosigue el judío describiendo aquella rec- ta de la ciudad, con el grande y rico monasterio de la Merced y la Re- coleccion de la misma Orden situada más abajo, a la salida del camino que por los campos va al mar y al pueblo de indios de la Magdalena.

También sale de la plaza con dirección al mar, hacia el Occidente, la calle que se llamaba y se llama *de las Mantas*, tan llena de tiendas como la de mercaderes. Más adelante de ella, en la misma dirección, no eran ya las tiendas de paños, sino de cereros, confiteros, herreros y cal- dereros. Luego venían el hospital de marineros del Espíritu Santo, el Arco, la iglesia de Monserrate y una serie de huertas hasta el río.

De la esquina de la Armería de Palacio y las casas de Cabildo y las de D. Alonso de Carvajal (que deben ser las que fueron primitivamente de D. Antonio de Ribera y Martín de Alcántara), sale de la plaza la ca- lle que lleva al monasterio de frailes dominicos, el mejor y más rico de Lima en sentir de nuestro autor. Tenía dicho convento siete patios y ocupaba el espacio de dos cuadras. El río corría junto a él por la parte

del Norte, pero en un espacio que dejaba libre el convento entre la iglesia y el lecho del río, se alzaba la Casa de las Comedias.

Después de describir los principales jirones, que son los antedichos y que parten todos de la Plaza Mayor, pasa a hablar de otras calles principales, como era la que de San Francisco corre de Norte a Sur y pasa delante de la Compañía de los Jesuítas, "casa la más rica y poderosa de Lima, que tiene hasta los frontales de los altares hechos de fina y gruesa plata". Célebre era en esta iglesia el monumento que se exhibía en Semana Santa (o como dice portuguesamente el autor en la *Semana de en doencas*), de terciopelo carmesí guarnecido de plata pura, con mil lazos labrados al burril, tan alto que llegaba al techo de la iglesia, tan ancho que alcanzaba de la una pared a la otra, y con muy elevados arcos y pilares. Dice que eran "infinitas las riquezas contenidas en este convento-casa".

La calle que pasa por las espaldas de los Jesuítas daba al Colegio de San Martín, que igualmente les pertenecía. Contaba con más de quinientos colegiales, hijos de señores de todo el Reino, y cada uno pagaba por año 150 pesos por la comida y hospedaje. Reconoce que allí se hacía "muy grande estudio de muchas sencias".

Muy famosa y concurrida era también la calle de los Plateros, que de la Compañía de los Jesuítas iba por el Occidente hacia el mar, y a la cual daban al callejón de los Sombrereros que venía de la Plaza Mayor (y que luego se llamó de Petateros), el rico convento de San Agustín, la iglesia parroquial de San Sebastián, y los molinos y huertas del lado de Monserrat. Por esta dirección y algo desviada al Sur, hacia el camino del Callao, se encontraba la iglesia de San Marcelo, reputada por el autor como la mejor parroquia de Lima.

Habiéndose escrito esta relación verosíblemente varios años después de haber salido de Lima su autor, no son de extrañar algunas leves inexactitudes de ubicación en que incurre, como por ejemplo al situar el hospital de San Diego de Convalecientes en la misma recta de la Merced y Belén, o la casa y parroquia de los Huérfanos en la calle que bordea el Colegio de San Martín; pero fuera de estas pequeñeces, tan fácilmente rectificables por quien conozca la ciudad, que ha conservado intacta la distribución y situación de sus edificios antiguos, es fidelísima y curiosísima la pintura que de ella hace el anónimo portugués y que nosotros no hemos podido sino extractar pálidamente.

Descripción del Callao y alrededores de Lima

Con los toques repartidos en las diversas páginas de la relación puede reconstituirse el paisaje de los alrededores de Lima, con las *lomas* cuyos pastos, mantenidos por las suaves garúas del invierno, servían a muchísimos ganados, y con los árboles y cultivos que ocupaban entonces el valle; los numerosos y ricos olivares, que producían mejor aceituna

que la de Sevilla y gran suma de botijas de aceite; los naranjos y limoneros, en tanta cantidad que se daban por nada sus frutos, y con cuyos azahares se hacía muy preciada agua de olor; los platanos tan espesos que formaban bosques en los que se escondían los negros *cimarrones*; los camotales y trigales, que a la sazón constituían los más extensos plantíos de la campiña; las papas, de que se consumía mucha cantidad en los platos populares del *locro* y el *chuño*; y las variadísimas especies de árboles frutales indígenas que sombreaban los campos y cuyo largo catálogo trae el autor, insistiendo especialmente en las excelencias de las paltas, guayabos, pacaes y piñas, y en lo característico de las guanabas, de las tunas que servían de cerca en los jardines y tapias, y de las trepadoras granadillas. Había también muchos alfalfares y maizales gran cantidad de legumbres de toda especie, campos de ajíes y buenas estancias de azúcar, entre las cuales era la mejor la de San Juan, perteneciente a los jesuítas, famosa igualmente por sus olivares. Del trigo no se sembraba sino lo que necesitaban para el año, porque ya la plaga del gorgojo y palomilla, que después ha destruído este cultivo en los valles de la costa, lo consumía si lo guardaban. La fanega valía de 10 a 12 reales, lo mismo que la del maíz. De la caña de azúcar se hacía mucha miel, tanto que en ella se convertían más de dos tercios de los cañaverales, por el gran consumo de la ciudad en los dulces y en la popular *mazamorra*, por la cual llamaban a los limeños *pan y miel*. De esto provenía que no fuera el azúcar tan barata como debiera, costando la arroba 28 reales y 24 la botija de miel. El ganado de cerda era muy barato y se empleaba mucho la manteca sacada de él. De la carne de vaca, la arroba costaba 6 reales, mientras en la Sierra un buey gordo valía 4 pesos de a 8 y a veces menos. El cuarto de carnero 2 reales y medio, y las gallinas de 4 a 10. No se hacía vino en Lima ni había viñedos en el valle, por la cual era el vino del país artículo caro, traído por mar de otras comarcas, especialmente del Sur. La arroba del nuevo valía 3 pesos de a 8, y más el antiguo hasta de diez años. El cuartillo de vino de Sevilla valía comúnmente 4 reales. Consumíase bastante aguardiente, arropo, vino dulce y de romero; pero la bebida ordinaria de todas las clases sociales era la chicha de maíz, de la que era la más delicada una clara a modo de vino blanco (*¿de jora?*).

Las acequias que regaban las tierras en las seis leguas de extensión que van desde la Rinconada de Late hasta Carabayllo, estaban bordeadas por mucha y olorosa hierbabuena. No se conocía ningún animal ponzoñoso, pero sí molestaban nubes de mosquitos y zancudos, y los piques de la tierra "pequeños enemigos para tanto de bueno". De aves, fuera de las de corral, eran preciadísimos los muchos halcones de cetrería, que tenían fama de ser los más finos que se conocían y de que todos los años llevaban algunos a Madrid para la caza del Rey.

El camino de Lima al Callao, que tiene dos leguas de largo y va en medio de huertas y chácaras cercadas, era considerado como uno de los

más frecuentados del mundo por la gran cantidad de mercaderías que se llevaban y traían de la ciudad al puerto en bestias y carretas, no sólo para el consumo, sino para pagar los derechos del Rey y ser reembarcadas, como ocurría con el oro y la plata de las minas. A la salida de la ciudad, junto al camino, estaba por esta parte el Peralvillo, lugar de ejecución de los negros malhechores.

Tenía el Callao 400 casas de españoles, sin contar las de indios y negros. Las calles eran, como las de Lima, en cuadras rectas, que todas salían al campo. Había varios monasterios y casa de jesuítas. Los más de los vecinos eran marineros y gente de mar. En la playa se levantaban muchos almacenes y bodegas de vino, y el edificio de las casas reales, cuyos muros batía el mar. El puerto, limpio y capaz, no tenía más defensas que 30 piezas de artillería de bronce, las cuales en tiempos del autor estaban puestas en la playa sobre las barreras del mar, y dos fuertes que hizo construir el Príncipe de Esquilache y en los que suponía nuestro autor que ya por entonces habrían colocado y montado las piezas antedichas. En la bahía fondeaban cuando menos 40 navíos y fragatas que hacían el comercio con Chile, Tierrafirme, Nicaragua y Méjico. De Chile traíanse ya cueros, sebo para candelas, frutas en conserva y trigo, siempre que no bastaba el del Perú. De Nicaragua, Guatemala y Sonsonate, en cambio del vino y los artículos peruanos, traían brea, cochinilla, tabaco, cera amarilla, miel de abejas, bálsamo y palo de Mechoacán. De Acapulco, en cambio del oro y plata, traían los mercaderes peruanos paños finos, sedas, terciopelos, entorchados y pasamanería, damascos, tafetanes y *sedas mandarinas* que venían de la China y eran menos caras y apreciadas que las de Méjico. De esta navegación volvían a Lima los navíos por los meses de Octubre y Noviembre.

En el puerto del Callao estaban siempre las naves de guerra Capitana y Almiranta, con artillería de bronce fundida en Lima por el maestro Juan Bernardino de Tejada, que tenía su oficina junto a San Agustín. Las naves de guerra no se hacían a la mar sino para custodiar la plata que de Arica iba a Panamá, que era viaje de siete a ocho meses con ida y vuelta, o cuando había nuevas de enemigos. También había en el puerto una galera, que no servía más que para cárcel de malhechores.

Las fragatas y los barcos pequeños que venían por la parte del Sur, entraban al Callao por el angosto brazo de mar que separa *La Punta* de la isla que se llamaba a la sazón de *Lobos* y que ahora se conoce por San Lorenzo. Por detrás de ésta daban la vuelta los navíos grandes.

Del Callao hacia el Norte, la costa rasa y accesible se extiende por media legua a la Boca del Río, y de aquí pasa al río de Carabayllo, y luego por una montañuela corre a la ensenada de pescadores de Llacón, a cinco leguas de Lima, de que ya habló el autor al describir el camino de Los Llanos. En todos estos desembarcaderos insiste bastante, como si tuviera en la mente facilitar una expedición holandesa.

Por la costa del Callao hacia el Sur señala hasta Pachacámac la exis-

tencia de caminos acomodados y anchos que utilizan los indios pescadores, y que, subiendo de la playa por unas altas barrancas, dan acceso al valle. Entre estas barrancas tajadas como murallas y en las que hay trechos infranqueables, existen fuentes de agua dulce. Por esta costa menciona los pueblos de indios de Maranga; de la Magdalena, punto en que el mar sólo dista en Lima tres cuartos de legua; de Surquillo a una legua de Lima (entre la Huaca Juliana y el actual pueblo de Miraflores) y de Surco, más al interior, a distancia de dos leguas de la capital. De aquí, por unos arenales, se va al pueblo de Pachacámac, para el cual había otro camino de cuatro leguas, también por las arenas, y en el que se veían aún las piedras del construído por los Incas (Seguramente el lugar que ahora llamamos La Tablada).

En Pachacámac, distante cuatro leguas de Lima por este lado, indica que hay una buena playa para desembarcar; y que junto a la entrada del río en el mar se ven edificios antiguos, "que en su tiempo debían de ser muy ricos palacios". Este pueblo de indios de Pachacámac está en un regalado valle, que riega el río de la Cieneguilla, poblado de buenas casas de estancias, grandes huertas, con mucho ganado caballar y vacuno, mulas, ovejas y cabras, y con plantíos de trigo y maíz y grandes melonares. Fervientes elogios hace de la frescura y apacibilidad de dicho valle, que en diversos pasajes muestra conocer circunstanciadamente (lo cual se explica recordando que en él tuvieron grandes posesiones algunos judíos portugueses a principios del siglo XVII, como que Manuel Bautista Pérez, jefe de la Sinagoga de Lima y ajusticiado por la Inquisición en 1610, era dueño de la hacienda de la Cieneguilla).

Camino de Lima al Cuzco

La primera jornada ordinaria de este camino era de Lima a La Cieneguilla; y continuando por la quebrada del mismo nombre, se pasaba al pueblo de indios de Chontay, que tenía un cacique rico, muy templado clima y lindas huertas y jardines; a Sisicaya, corregimiento de indios a diez leguas de Lima; y por camino de bosques y frutales, pasando varias veces el río, se llegaba con dos leguas de cuesta y malos pasos, al Chorrillo, así llamado porque junto al pueblo hay un río en canal abierto en la peña. Principia ya allí la Sierra, y llueve y truena fuertemente.

Pasábase luego a Guadacheri (Huarochirí), lugar de indios, a diez y ocho leguas de Lima, rico y de mucha labranza. Atravesábase luego por varios lugares de indios *chaupiyungas* (lo que quiere decir *medio calientes o entre costeños y serranos*), con sementeras de papas, trigo y maíz; y por cuestras y montañas se llegaba al tambillo que nuestro portugués llama *Lo Caliente*, que está al pie de la puna de Pariacaca, a veintidós leguas de Lima, casi todas de subida. En este punto describe los fenómenos del *soroche* o mareo de las alturas, y el aspecto de aque-

llas montañas altísimas, que parecen tocar el cielo, cubiertas perennemente de nieve. Reputábase la puna de Pariacaca como la más temible y rigurosa del Perú, por sus muchas lagunas, tempestades y malos pasos. De ella se apartaban dos caminos. El de la izquierda, denominado *de las escalerillas*, por los escalones de piedra de que está hecho, era espantable con el precipicio y la muy honda laguna a que daba de un lado y a la que se despeñaban las mulas en caso de resbalar. Salía este camino a Hatunjauja, en el valle de Jauja, sobre el río que el autor tiene por el Marañón y es el Mantaro, y que tenía un buen puente de piedra. El camino de la derecha se llamaba del atajo. Pasa un gran río, que se entra todo por una gran boca, y sumido en ella va más de una legua por bajo de tierra. Al aparecer de nuevo el río, se le pasa por un puente de rocas hecho por la propia Naturaleza. Llegábase a las peñas de Pachachaca, donde se hunde nuevamente el río y corre con gran rumor subterráneamente. En estas peñas hay una cavidad capaz hasta de doce personas, cada una con su cama; allí dormían los caminantes, abrigándose del mucho frío con la leña y el carbón que traían de abajo, lo mismo que la comida, pues el paraje es aridísimo y nevado. Cuando los caminantes eran muchos, y no cabían en aquella cavidad, los indios, criados y cabalgaduras tenían que dormir a la intemperie y sobre la nieve. Por todos aquellos montes veíanse grandes manadas de vicuñas, cuya lindeza y agilidad se detiene a ponderar el autor, explicándonos también las propiedades de la piedra bezoar que se les cría en el pecho y de la cual dice que nace por el antídoto que comen contra cierta hierba ponzoñosa y que crece hasta que las mata. Habla igualmente de cómo se utiliza su lana, de cómo se guisa su carne seca o *charqui* en el *locro* (porque este judío parece haber sido gran goloso y no desperdicia ocasión de explicar las comidas peculiares del país y dar receta de ellas), y de cómo se les caza en los grandes *chacos* o cacerías de los indios. Veíanse también innumerables guanacos y llamas, de color blanco y pardo oscuro, animales de carga, que iban con coca hasta Potosí, y de cuyas lanas se hacían muchas sobrecamas y finos *cumbes* o reposteros de vivos colores, aunque menos apreciados que los de vicuña. Pastaban en estas punas gran cantidad de vacas y carneros, y vagaban venados y vizcachas.

De Pachachaca por montañas despobladas se pasaba a la estancia de Velaústegui (acaso de los Veráustegui, uno de los cuales fué posteriormente corregidor de Potosí y Conde de Olmos). Allí se dormía una noche, y por valles hondos se bajaba al río del valle de Jauja, vadeándolo o pasándolo en balsas, o yendo hasta el puente de Hatunjauja.

Tenía el valle de Jauja 14 lugares de indios, entre los cuales era ya floreciente Huancayo. Había en él dos monasterios de frailes doctri-nantes, uno de franciscanos y otro de dominicos, y un tambo grande y bien proveído para los pasajeros. Producía el mejor tocino del Reino, y mucho trigo y maíz, duraznos y otras frutas. Criaban gran cantidad de gallinas, cuya carne y huevos se consumían en Lima, distante cuarenta

leguas. Teníase por uno de los mejores corregimientos; y eran en él los indios de mejor parecer y aspecto que en las otras comarcas.

Entra el autor a explicar el régimen de los caminos reales y el servicio gratuito de los tambos. En ellos el Alcalde de Indios cuidaba de suministrar a cada pasajero un indio, el cual traía agua, leña, ají y sal para la comida, y la hierba de icho para la cama; y otro indio iba a buscar gallinas y a llevar a pastar a las mulas. La retribución era voluntaria, y los más no pagaban nada. En algunos lugares, por estar los indios ocupados en otras tareas, eran las indias las que servían a los pasajeros. Si un español de éstos deshonraba a una india, tenía multa de 4 pesos, según ley de D. Francisco de Toledo. Halla el portugués a los indios medrosos y apocados sobre toda ponderación, borrachos, muy feos y chicos de cuerpo, y tan llevados por el mal que con ruegos nada se logra de ellos y sólo hacen las cosas a palos. Se admira al verlos correr por los caminos tan ásperos, llevando el hato a cuestas y a las bestias de rienda, y al contar que las mujeres, acabando de parir, se bañan en agua fría con los recién nacidos.

Después de esta digresión sobre las costumbres de los indios serranos continúa el itinerario. Del valle de Jauja pasa al tambo de Acos; y por unas laderas que bordean el río Marañón (Mantaro), llega a Casma, lugar de lindas huertas. Sigue el camino junto al río y pasándole de nuevo por un puente de piedra, tras de algunos malos pasos, se llega al punto en que se aparta el camino para el mineral de azogue de Huancavelica. Al término de aquél, y a media legua de distancia de la boca de la mina, está la villa de Oropesa de Huancavelica, que tiene 2.000 casas de españoles y 3.000 de indios, muchos mitayos y mercaderes, un monasterio de frailes, iglesia mayor y varias parroquias de naturales. Era siempre corregidor un gran caballero, y había contadores y oficiales reales. El temple de la villa es fuerte, muy frío y llueve y nieva reciamente. Junto al río de ella está una fuente o *puquio* de agua caliente, en la cual venían a bañarse muchas personas, y que tiene la propiedad de petrificar los objetos que en ella introducen. De estas piedras, hechas por la acción de las aguas calientes, y que son blandas y amarillas, construían las casas. A catorce leguas de Huancavelica está Chocolococha o Castrovirreina, con ricas minas de plata, hasta de 2.380 maravedises de ley. Había en Castrovirreina 500 casas de españoles y muchas de indios, y un gobernador de calidad, que se enriquecía grandemente en el desempeño de su cargo. Era villa de muchos mercaderes, y que hacía gran consumo de buenos vinos, los cuales se observaba que mejoraban de gusto al subirlos de Los Llanos; pero por ser la tierra más fría de todo el Perú no produce ningún fruto ni sementera, y las españolas allí avecindadas bajaban a parir a lugares más abrigados, porque el demasiado hielo mataba a las criaturas. Las minas, a dos leguas de la villa, daban entonces a lo menos 900 barras selladas, cada una de a 1.000 pesos de a 8 reales por término medio, a más de mucha plata para vajilla y plateros, que

hurtaban sin pagar los derechos, que en este asiento no eran el quinto, sino el décimo, porque son pobres las minas y de mucho trabajo. Explica luego la manera de beneficiar los metales y de sellar y numerar las barras; y después de indicar que de Castrovirreina salen un camino para Ica, Pisco y Chíncha, y otro por la puna para Huamanga, prosigue en el de Huancavelica para el interior. Aquí encuentra tres lagunas hondísimas, cada una de más de una legua, que el viento alborota. Después había un ingenio de plata; y pasando junto a otra laguna, se llegaba a montañas tan altas y frías como las de Pariacaca y a unas ciénagas peligrosas. Vienen luego las Peñas de las Vizcachas, que son unos extensos prados donde andan los llamas del Rey que trajinan con los azogues. En tiempo de lluvia, estos pastales se convertían en grandes tremedales y pantanos.

Volviendo ahora al camino real, que dejó en las orillas del que sigue llamando Marañón (Mantaro), menciona un puente de piedra cerca del cual desemboca el río Huancavelica. Súbese una cuesta grande y se llega al tambo de Picois, encerrado entre altas montañas en cuyas laderas hay pueblos de indios, y desde el cual se distingue el río metido en tan profundos valles que con ser caudaloso parece muy pequeño; vienen luego las *Peñas de los frades*, delgadas y altas como del tamaño de un hombre. Aquí se juntaba el camino de Huancavelica. Y por cuestas y laderas pobladas de muchos lugares de indios se iba a parar al tambo de Parcos. Una cuesta de bajada de dos leguas y media conduce a una isla llamada de Huamanga, situada en el mismo río (Mantaro), y en la cual se hallan las minas de plomo. De aquí tuerce el río para Occidente. Al pie de la cuesta pasa un río que desemboca en este del Marañón (Mantaro). Hay en él un puente de criznejas, bien combado en el centro. Y para atravesarlo se descargaban las mulas y se llevaban las mercaderías en hombros de indios o negros, cuando la mucha agua impedía el vado. Sigue el tambo de Azángaro; y a la derecha queda el buen corregimiento de Huanta; pero si se pasa el río a vado, se va por Vinaque, que tiene muy lindas estancias y huertas de recreo de los señores de Huamanga.

Llégase por fin a Huamanga, ciudad distante setenta y ocho leguas de Lima, de clima templado, rica y de buen trato de mercaderes, con corregidor, obispo, monasterios de monjas y de las cuatro órdenes de frailes, casa de teatinos (jesuítas) y muchas de caballeros.

Saliendo de Huamanga por el camino real, se va entre lugares de indios a la estancia de Da. Teresa; y pasando cuestas y ríos pequeños, a la tierra altísima de Vilcas, población de indios, donde se ven reliquias de grandes edificios y las piedras más bien labradas y asentadas que se pueden hallar en el mundo. Era corregimiento que comprendía muchos lugares en su comarca. Bajando una gran cuesta se pasa el río de Uramarca, uno de los mayores del Perú. En tiempo de aguas, por ser intransitable el vado, se pasaba por un puente de criznejas. Dice que este

río entra en el Marañón. En sus orillas había muchos cañaverales de azúcar. De ellos se subía por estancias de ganados y entre lugares de indios al tambo de Uramarca y a Andahuaylas la Grande, situada en un valle famoso muy poblado de indios, con sembríos de trigo y maíz. Por estancias de ganados se llega al tambo de Pingos, y subiendo una gran cuesta al pueblo de Huancarama, donde se hacía alpargatas para todo el Perú; subiendo y bajando sierras y atravesando quebradas, se para en el tambo de Cochacasa. De aquí, entre maizales y trigales, baja una áspera cuesta de dos leguas al río de Abancay, con infinidad de cañaverales de azúcar y otros plantíos en su valle. Junto a éste hay una elevada montaña, cubierta de nieve, donde decían haber ricas minas de plata que no se labraban. A vista de muy altos montes y profundos valles, se pasa al pueblo de indios y tambo de Curahuasi, de donde se baja al soberbio río del Apurímac, que es el de mayor fuerza y corriente en el Perú. Advierte que el puente y la laja de él son dos pasos peligrosos en que poca gente puede defender el paso a mucha. Allí se levantan peñas elevadísimas, tajadas y lisas como una alta muralla, y hay monte que tiene cuatro leguas de alturas. A esta profunda quebrada se descende por una escalera de más de cuatrocientos pasos y en cada escalón puede descansar la cabalgadura. El paso es angosto. De la parte del río hay una pared que impide que caigan las personas y las bestias. La otra banda es de montañas y bosques altísimos, "tierra que no pueden gentes andar por ella, por su aspereza y muchas lajas y despeñaderos que tiene. De aquí por el camino de los Incas, iban éstos a holgar en una quebrada cuatro leguas más abajo de esta laja; allí hay oro en gruesas pepitas, y ha habido hombres que a nado han ido y las han traído, tan grandes como una nuez".

Habiase intentado construir sobre el Apurímac un puente de piedra, y como en un lado no había como hacer estribo, pensaron desviar el río rompiendo una montañuela, pero lo recio de las peñas hizo desistir del intento. El puente era como hoy, de tablas, y temblaba mucho al paso de las recuas, que lo atravesaban descargadas, yendo las mulas de una en una. Para los riesgos de este paso y otros semejantes se aseguraban las mercaderías en Lima, y los dueños de recuas se obligaban a pasar los fardos a hombros de indios o de esclavos negros. Para cada 10 mulas había un indio o negro cuidador, y muchas recuas eran de 70 a 80 bestias. Al cuidado del puente había un alcalde, y entonces lo era un flamenco.

Pasando el Apurímac se dejaba a un lado la fragosísima provincia de Aimaraes, y hacia el Norte la de Vilcabamba con minas de plata pobres, que daban 500 barras al año. Por todas estas tierras y las ya descritas viajaban muchísimos comerciantes españoles llamados mercachifles, que solían llevar cargas de ropa hasta por el precio de 40.000 pesos. Los corregidores no les permitían vivir de asiento en esos lugares, por los malos tratamientos que daban a los indios.

Después del puente del Apurímac, se iba a un tambo próximo. Por las alturas quedaban Mollepata y otros lugares. El camino seguía a Limatambo, a nueve leguas del Cuzco y con grandes señales de suntuosos edificios de los Incas; y a Sisíjana (Jaquijahuana), poblado de indios, y en que principia la tierra llana con buenos pastos y trigales. De aquí se llegaba en una jornada al Cuzco. Todo el camino desde Lima es de ciento y cuarenta leguas por altas montañas, profundos valles, cuestras y despeñaderos, pero limpio y bien cuidado por el mucho trajín que había de gentes y recuas.

Descripción del Cuzco

Es breve y poco importante. Menciona la Fortaleza (de Sacsayhuamán), a la que se sube por una cuesta bien áspera y que tiene tres murallas cada una de tres piedras superpuestas; dentro de ella no había casa ninguna. Las torres y puertas todas de una piedra de diez varas castellanas de altura. Junto a la Fortaleza vió la Piedra Cansada, que decían traída desde Quito; las dos lajas muy grandes y lisas en que por pasatiempo se dejaban resbalar los cuzqueños (el Rodadero); y al pie una cueva profunda, de la que contaban muchas cosas. Debajo de la Fortaleza, o sea a las faldas de ella, señala los vestigios de los palacios incaicos, y observa que "no tienen la gentileza de otras obras antiguas". En las ruinas del Templo del Sol (Santo Domingo) midió veinticinco palmos de altura en las paredes de lindas piedras, que a menudo quebraban por curiosidad o codicia, y descubrían que sus cimientos eran de fina plata. Halla este convento famoso y rico, y encuentra en las calles del Cuzco muchas paredes semejantes a las de él.

Cuzco tenía 3.000 vecinos españoles y 10.000 indios, distribuidos estos últimos en cuatro parroquias y con hospital propio y rico. El corregidor, nombrado directamente por el Rey, era siempre un caballero de gran casa y renombre. Percibía 6.000 pesos al año. Las rentas del obispo, menoscabadas por la erección de la nueva Sede de Huamanga, eran todavía de 20.000 pesos anuales. Había en la ciudad ricos conventos de frailes de cuatro órdenes y de monjas, una opulenta casa de teatinos y un buen hospital de españoles.

Le parecen muy grandes las dos plazas principales y admira sus portales y tiendas y las fachadas de las casas que salían a aquellas. De una plaza a otra, sobre el pequeño río Huatany, va a la *calle de enmedio*, llena de muy ricas tiendas. En la calle de los Plateros se veían en abundancia joyas y aderezos de oro y plata labrada. En el centro de las dos plazas estaban los dos mercados o *tiangués*, donde indios e indias vendían piezas de plata, guantes de seda con oro para las mujeres, coca, charqui y otros comestibles y artículos de la tierra. En la parte de Oriente de la primera plaza señala la Iglesia Mayor y la casa de los teatinos, y por este barrio los monasterios de dominicos y franciscos. De la parte de Occidente el de mercenarios, la cárcel de la ciudad, las casas del

corregidor y del Cabildo, y todos los escritorios de los escribanos. Re-para en las muy buenas fuentes de agua que había por toda la ciudad; y en las ricas casas de caballeros, de que había muchos que eran señores de indios con buena renta. En suma, "después de Lima, es la mejor ciudad del Perú".

Comprendía en su distrito de ocho a diez corregimientos proveídos por el Virrey, y los había que en tres años daban de provecho 100.000 pesos. Se entusiasma con la belleza y fertilidad de los valles comarcanos, especialmente el de Yucay, abundantísimo en cañas de azúcar (probablemente como hoy, sólo en su parte más baja, al entrar en el Urubamba en la actual provincia de la Convención), y en frutas de muy diversas especies y particularmente en membrillos, duraznos, melocotones y peras. De todas estas frutas se hacían conservas que iban a Potosí y otras partes. Valían en el lugar de 40 a 48 reales por 25 libras de a 16 onzas. Había también muchos alfalfares con cantidad de ganado vacuno. Atraídos por tanta abundancia, recorrían estos distritos bastantes mercaderes, y no escaseaban los soldados jugadores y fulleros que despojaban en los tambos a los caminantes. Sólo el vino era caro en las comarcas del Cuzco, porque lo traían desde Los Llanos de la costa, aunque hay siempre uvas en algunas partes cercanas al Cuzco, porque consiente cogerlas la variedad del temple de las tierras. Hacía quince años que había dado el Rey este valle con título de marquesado de Oropesa de Yucay a un caballero que casó con la Coya, que es señora de casta de los Incas. (Se refiere al título que concedió D. Felipe III a Da. Ana Coya de Loyola, hija de Martín García de Loyola y de la Coya Da. Beatriz, y mujer de D. Juan Henríquez y Borja, de la casa de los Alcañices.)

Camino del Cuzco a Potosí

Son ciento sesenta leguas de camino llano y tierra muy poblada, que se llama el Collao, con muchos ganados y pastos y grandes manadas de huanacos cargados de coca.

Habla con alguna extensión de las ruinas indias y del carácter de los naturales al tratar de la localidad que domina (*sic*) las Sepulturas (sin duda Tiahuanaco) "donde ha las mas famosas antigallas y edificios que se halla en todo el Peru; piedras de tanta grandeza y tan bien labradas que exceden a todo encarecimiento en lindeza. Si los indios hubieran sabido el arte nuestro de arquitectura y puentes, habrian aventajado a todas las naciones del mundo por lo que se ve en sus obras. Eran curiosos y de gran ingenio, como se echa de ver por estas fábricas antiguas; pero agora con la comunicacion de los españoles y con el mal tratamiento que les hacen, están muy acabados y abatidos; y con el gobierno que tienen agora tan diferente del que solian tener antiguamente... Nunca tienen buena voluntad de los españoles que les cogen cuanto pueden haber y ganar; y el trabajo de las minas es lo que más les consume. Aman y respetan a sus caciques, que hay todavía muchos ricos y poderosos".

Menciona las minas de oro de Carabaya, entre montañas altísimas, hacia la parte de los Andes, a cuarenta leguas del Cuzco. Su metal tiene 23 quilates y medio, o lo que es lo mismo, uno más de la ley. Sacábanse de allí pepitas de oro del tamaño de simientes de rábanos, y otras como garbanzos y avellanas. A este propósito explica la manera cómo beneficiaban el oro. Dice que la mayor parte de él pasaba sin quintar ni pagar derechos; y que en todos los ríos de la montaña se encontraba oro *volador*, o sea menudo, de 22 quilates. Describe la gran laguna (el Titicaca), de ochenta leguas de cumplido y treinta de largo, con muchos ríos que le entran, y sin más desagadero que el de Zepita, al cual no se le halla fondo y que se atraviesa por un puente de palo. Había pescadores que cogían en el lago hasta 300.000 peces, los cuales salaban, haciéndose con ellos activo comercio en el Cuzco, Potosí y otros puntos. A orillas del lago había muchos y muy poblados (*lugares de ?*) indios; el principal de ellos era Chucuito, con numerosos vecinos españoles, cuyas Cajas Reales guardaban siempre 100.000 pesos, y cuyo Gobernador, nombrado por el Rey, tenía 10.000 pesos ensayados de renta y 40.000 de provechos anuales, y era constantemente un gentilhombre de la Casa Real. Después de Chucuito, venía en importancia Juli, con 30.000 indios, "y tienen aquí los Jesuitas tres dotrinas, que no saben las riquezas que tienen". Pomata era también rico lugar. Los mercaderes que traficaban por estas regiones obtenían grandes ganancias.

Sin seguir ya el orden del camino, cita los lugares más florecientes del alto Perú, como eran Chuquiabo (La Paz), ciudad buena y próspera, con obispo y bastantes españoles; La Plata (Chuquisaca, actual Sucre), cabeza de Los Charcas, con Presidente, Audiencia Real y conventos de todas las órdenes de frailes; Oruro, con minas de plata que daban al año 3.000 barras selladas; los valles de Pitantora y Cochabamba, de donde se llevaban a Potosí muchos artículos de sustento y regalo; Copacabana, santuario devotísimo; Berengela, con buenas minas de plata y una sierra de doce leguas de piedra imán; Porco, de donde todos los años se extraía cantidad de plata fina; Tarija, que era corregimiento, y Santa Cruz, gobernación fronteriza de indios de guerra. Con esto pasa a describir el famoso asiento de Potosí.

La villa y minas de Potosí

"Potosí, Villa Imperial, la mas feliz y dichosa de cuantas se sabe en el mundo por sus riquezas, tiene vecindad de 4.000 casas de españoles, parte mineros, parte mercaderes traficantes por todo el Reino en mercaderías, cosas de comer y candelas de sebo para las minas". Pululaban en la villa los bravos, jugadores de profesión y demás gente maleante. En los alrededores, y en casas de paja, moraban más de 40.000 indios mitayos, que todos los meses, conducidos por sus alcaldes, acudían de sus diversas provincias o ayllos, algunos de más de cincuenta leguas de camino. Manteníase gran comercio de toda especie con Lima y México

y Sevilla; y volvíanse a vivir a España muchos hombres riquísimos con el laboreo de las minas o el trato mercantil de la ciudad. El corregidor, que era reputado el primero entre todos los del Reino, tenía 10.000 pesos ensayados de renta cada año (fuera de los provechos indudablemente). El temple es en extremo frío y los campos en contorno estériles. El Cerro está a un cuarto de legua de la villa. Su hechura es a modo de un pan de azúcar o una campana. Tiene dos leguas de subida, y por lo más alto están las bocas de las minas. Por aquí bajaban los indios, por escaleras muy anchas hechas de fuertes vigas y los escalones de cueros de vacas, tan firmes y seguros que no se rompían por más trabajo que sustentasen. Tenían sus repartimientos a manera de plazas, con grandes arcos y bóvedas de piedra y gruesas maderas. Hacían estos reparos unos debajo de otros, y así se mantenía todo el peso de aquel alto Cerro, que estaba agujereado por todos lados. Había más de 400 dueños de vetas, y algunos hacían trabajar diariamente 4.000 indios. Los señores de las minas tenían mayordomos que entendían en reparar lo que fuere necesario y en mandar y vigilar a los indios. Ganaban de salario más de 500 pesos al año, sin contar otros provechos. Los indios bajaban a las minas llevando en una mano la candela encendida, apoyándose con la otra en las escaleras y teniendo a espaldas el zurrón de cuero para depositar los metales. Cada uno seguía la veta de su amo; y con frecuencia se atoraban en ellas y había que ayudarlos a salir. Al acabar el trabajo sacaban en el zurrón o quipe un quintal de metales, por término medio, del cual se aprovechaban, cuando menos, 4 onzas y a veces más de 4 marcos. Los ingenios estaban en la Via Tarapea, a una legua de la Villa. "Aquí están las mejores máquinas y artificios que en el mundo nunca se han feito". En la Fundición Real se hacían cada año de 6.000 a 7.000 barras de a 1.000 pesos cada una, y a más gran suma de reales y mucha vajilla.

Camino de Buenos Aires

Da noticias algo detalladas de las malas o nulas condiciones de defensa en que se hallaba la ciudad de Buenos Aires, como si tuviera en mira alentar para un desembarco en ella. Observa cuidadosamente que los navíos no pueden llegar hasta la orilla, sino que se quedan a distancia de un tiro de mosquete. En las casas del Gobernador, tan próximas al río que casi batía el agua en ellas, advierte que hay un torreón pequeño con cuatro ligeros cañones, pero que fuera de esto no hay ninguna otra parte en donde haya obras militares de defensivas. "Para querer entrar en la ciudad, por cualquiera parte del río pueden echar gente en tierra, en barcos o lanchas, porque el río corre muy manso por todas partes y no tiene bosque ni montes". La ciudad tenía tres conventos de frailes y teatinos (jesuítas), cada uno hasta con doce religiosos; y 400 vecinos españoles, algunos muy ricos de dineros. Nota lo llano de la tierra, su fertilidad en trigo y frutas, y su grande abundancia de carne,

“porque son tantos los bueyes y vacas, que no tienen dueño”. Escaseaban los indios, y los pocos que existían eran muy enemigos de los españoles.

El camino de Buenos Aires a Córdoba era todo despoblado, y por ser tan llano lo andaban los pasajeros en carros tirados por bueyes. Encontrábase agua cada seis leguas, y en estos puntos se hacían las dormidas; pero indica, con prevención de espía militar, “no es agua bastante para mucha gente, aunque se pueden abrir pozos y sacar agua de ellos”. En las doscientas leguas de camino que calcula de Buenos Aires a Córdoba, no había más que dos estancias de ganado; pero en todo el trayecto vagaban por los grandes pastales infinita cantidad de caballos, yeguas, toros y vacas sin dueño.

La ciudad de Córdoba de Tucumán contaba hasta 500 casas de españoles, “y no tiene ninguna defensa, ni saben por aquella tierra lo que es pieza de artillería”. De aquí se caminaban sesenta leguas por tierra toda llana y sin montes, para llegar a Santiago del Estero, ciudad de 400 vecinos, bañada por un apacible río, y acerca de la cual repite con significativa insistencia la observación de que tampoco tiene defensa militar alguna. Desviados del camino real había por estos puntos muchos lugares de indios. Pasábase a otra ciudad, llamada Esteco, distante de Santiago ochenta leguas. En su comarca se encontraban algunos lugarejos de indios, gran cantidad de ganado y perdices, se cogía mucho maíz y trigo, y se hacía algún vino.

A cuarenta leguas de Esteco pone el lugar de Gogoi (Jujuy), y al cabo de este camino otro al cual no da nombre, pero del que dice que es tierra muy fría. Repite que todas las llanadas recorridas tienen mucha y muy alta hierba e infinito ganado, y advierte que se comunican con el Estrecho de Magallanes.

Viaje de Chile al Perú

Después de una breve e insignificante descripción de Chile (en la que apenas hemos encontrado dato que merezca retenerse, fuera de algunas noticias de comercio que ya hemos utilizado en otros pasajes de nuestro extracto), va enumerando los puertos y provincias de la costa que se extienden de Chile hacia el Callao. Observa que esta navegación se hace siempre viento en popa, porque reina de continuo el Sur. De Arica dice que como puerto el más próximo de Oruro y Potosí, era centro muy importante de su comercio con Lima, y considerable villa de españoles. Halla el puerto muy bueno y seguro, y el morro muy alto. El corregidor, que como nombrado por el Rey duraba seis años, era siempre un gran caballero.

Pasa después a tratar de la ciudad de Arequipa, que era corregimiento y obispado y que tenía monasterio de las cuatro órdenes mendicantes de monjas y de teatinos, “que siempre estos buscan las buenas tierras”, agrega preocupado siempre que sus odios religiosos. La comar-

ca producía mucho y muy buen vino, del que se hacía gran consumo en Lima y toda la Sierra. A propósito de la erupción volcánica del año 1600, cuenta la especie, harto sospechosa, de que hasta en Lima se oían los estampidos y truenos, y de que los limeños creyeron que eran los cañonazos de la escuadra de D. Beltrán de la Cueva contra el navío inglés que por aquel tiempo capturó. Moquegua en valle fértil y deleitoso y con puerto cómodo a doce leguas de su población, mantenía igualmente gran comercio de vinos que enviaba por todo el Perú y la costa arriba hasta México, en botijas y tinajas embreadas.

Prosiguiendo el derrotero hacia el Callao, y pasando por alto algunos lugares de poco nombre, se detiene en ponderar la excelencia de las viñas de Nasca y Villacurim cuyos vinos, pasas e higos secos competían con los mejores de España. Pero donde más se explaya es al tratar de la villa de Ica o Valverde, que fué su lugar de predilección entre todos los del Perú. No se cansa de encarecer los encantos de su valle, cuya única falta era escasez de agua del río, que no bastaba para regar todos sus terrenos, en la extensión de seis leguas que alcanzan, por lo cual dejaban de cultivarse muchos fertilísimos. Cogíanse hasta 500.000 botijas de vino anuales, de arroba cada una. El vino, preciadísimo en el Perú y aún en toda la América, era blanco. Hacíase igualmente mucha pasa. Dice el autor que las viñas eran las mejores y más bien trazadas que había visto en el mundo; y por propia experiencia certificaba que guardadas sus uvas algunos días variaban de sabor, para tomar el de otras frutas, como guindas y moras. Los propietarios tenían en sus viñas buenas casas y lagares, con provisión de muchas herramientas y todo lo necesario para el beneficio de los vinos, y numerosos negros esclavos. Los indios de los lugares de San Juan y San Martín y otros diseminados por toda la campiña, conservaban tierras en las cuales habían plantado viñedos de menor extensión que los de los españoles, a los que por esta causa se les llamaba pegujales. La población de Ica, con corregidor provisto por el Rey, alguacil mayor y otros ministros de justicia, contaba 500 casas de españoles y tres monasterios de frailes, Iglesia Mayor, hospitales de españoles y de Indios, gran cantidad de negros, y muy ricas y bien surtidas tiendas de mercaderes, entre los que no faltaban algunos extranjeros. La gente del vecindario era gallarda y se trataba con mucho rumbo y regalo; y las mujeres eran, a lo menos en la decidida opinión de nuestro portugués, las más hermosas y mejor parecidas del Perú.

Habitación y vestidos de los indios costeños

Aquí la vagabunda y desordenada pluma del portugués intercala una digresión sobre las costumbres, casas y modo de vestir de los indios en Los Llanos. Salvo algunos ricos de entre ellos, que construían las casas de paredones de adobe, vivían en ranchos hechos de cañas bravas atadas con cordeles; y cuando les convenía o les venía en gana, las deshacían fá-

cilmente, y por su mucha levedad las mudaban en un momento a otras partes, llevándolas a cuesta. Todos, tanto los pobres como los acomodados, que a veces guardaban muy buenos dineros, no tenían más camas que unas esteras, sin usar nunca colchones, y de enseres alguna mala olla, mates de calabaza y unos *queros* hechos de palo, en que bebían. Vestían a menudo una camiseta de algodón, un calzón de paño de calor, y por capa una manta de algodón también de varios colores. A esta llamaban *ropa de borrachera*. Otras veces vestían una ropa llana, de algodón morado, o leonada, y los indios nobles y principales usaban a la española ricos terciopelos y aun telas de oro. Las indias principales, mujeres de caciques y otras acomodadas, que en Los Llanos vivían entre los españoles, vestían lujosamente, y cuando menos llevaban faldellines de paños azul y verde, grana tñanete de Milán y rajadas de color de Florencia. Las *Ilicllias* o mantas con que se cubrían eran de raso y damasco y telas de oro. Traían muchas patemas grandes de plata, y las ponían redondas como un real de a 8 y con un pie de largo sobre los pechos. Trenzábanse los cabellos, y colocábanse sobre la cabeza un lienzo suelto de cambrey con puntas blancas. Con todos estos adornos, las encuentra el portugués muy feas y chicas. Otras, pobres o más modestas, se contentaban con *anacos* de paño o de algodón y *Ilicllias* de lo mismo, sin camisa ni calzado, el cabello suelto, y por único atavío "unos conquetes grandes de plata".

Si las indias parecen a nuestro autor de muy desgraciado y ruin aspecto, halla mucho peores a los indios de color amulatado y con caras de monos. Algunos caciques viejos e indios nobles le producen, no obstante, alguna impresión de respeto, por su calidad y mucha edad. De sus lenguas, dice que son muy diversas, pero que la general (quechua) es graciosa y fácil de entender.

Camino de Ica a Lima

Después de recordar que a cuatro leguas de Ica, en el valle de Tingos, sin lluvias, río ni agua visible, se producen magníficos garbanzos, grandes melones, otras muchas frutas, maíz y vinos, y que por el lado de Córdoba va a Lucanas y al Cuzco un camino muy transitado por largas recuas, describe el itinerario de Ica a Lima por el camino real de Los Llanos.

Al salir de Ica hay muchos guarangales, y luego dilatadas arenas, peligrosas porque en ellas suelen perderse los viajeros. Nota el fenómeno de que en ciertos prados del trayecto hay agua y ciénagas cuando el río viene menguado, y sequedad casi completa en tiempo de creciente. En las once hoyas de Villacuri, llenas de viñas e higueras, le admira que los plantíos y árboles situados al lado de Oriente produzcan durante seis meses, y que en los seis den frutos los colocados al lado del Poniente.

Con esto se llega a Pisco, de buen fondeadero, pero alborotado por

las tardes con el recio viento de tierra que se llama *paracas*. La costa es rasa y limpia. A orillas del mar estaban las bodegas para los vinos y demás mercaderías. La villa, abierta y sin defensa, a media legua de distancia de la playa, tenía 400 pobladores españoles y muchos indios y negros. Gobernábala un teniente del corregidor de Ica. En sus afueras se alzaba un convento de franciscanos descalzos. El inmediato valle de Córdor, con río caudaloso, buenas casas de campo y espaciosas bodegas, producía mucho trigo y vino más fuerte que el de Ica. Su ancho, de Occidente a Oriente, es de cuatro leguas hasta el pueblo de Humay, subida para la Sierra. El camino que iba a las minas de plata de Chococolocha, ya mencionadas en otro lugar y distantes veintiséis leguas de Pisco, pasaba por la estancia de Pauranga, abundantísima de ganado.

De Pisco, siguiendo la costa, se pasa a Chincha, a donde traen los azogues de Huancavelica a lomo de carneros (llamas) para embarcarlos con destino a Arica, puerto de Potosí. El valle de Chincha, con buenos campos de trigo y maíz, estaban llenos, (*sic*) lo mismo que los demás llanos y faldas de las sierras, de grandes ruinas destechadas del tiempo de los incas, y de grandes sepulturas o huacas con momias de indios.

En el valle de Cañete, muy fértil, había, junto al río caudaloso que lo baña, tierras baldías que en otro tiempo se cultivaron, pero el ímpetu del río rompió en una ocasión la acequia que servía para regarlas. Calculábase, por su extensión y buena calidad, que si volvieran a tener agua, bastarían a alimentar Lima; "mas por el poco saber y flojedad de esta gente no se adereza la acequia". Cañete era villa de 300 vecinos españoles, y de gran número de indios y negros. Aquí cuenta cierto asesinato que los indios ejecutaron en un mercader de Lima, por robarlo, y que ellos mismos descubrieron al lucir en una fiesta la espada del corregidor que habían encontrado en el equipaje y cargas de la víctima. Con esto observa que los indios, a pesar de su timidez y exterior apocado, son peligrosos, porque saben muy bien robar y matar a traición. A poca distancia de Cañete, subiendo del lado de la Sierra, está el fértil y lindo aunque reducido valle de Hunahuaná, (*sic*) que proveía a Lima de la mejor fruta. Había en él pocos españoles, pero sí varios lugares de indios.

A media legua de Cañete, saliendo para Lima, en unas rocas junto al puerto, le llaman la atención las ruinas de un antiguo castillo indígena. El camino real continuaba por la playa, tocando en el tambo de Asia, en el valle y lugar de Mala, en que había estancias y chácaras pertenecientes a caballeros de Lima, en Chilca, población de indios, donde se criaban sin riego pepinos dulces y donde usaban abonar los plantíos de maíz metiendo la semilla en la cabeza de una anchoveta, que es pescado pequeño muy abundante en el lugar; y por fin en Pachacámac, ya descrito, al hablar de los alrededores de Lima y del principio del camino real del Cuzco.

Con esto da por terminada su cosmografía y relación del Perú, declarándolo así expresamente; y a continuación, a manera de apéndices, pone un breve capítulo sobre el comercio y la navegación de Lima, en que repite, con algunas explicaciones y ampliaciones, datos mercantiles que ya conocemos y hemos consignado; y por fin, breves descripciones de Panamá y las comarcas de Tierrafirme, Cartagena y La Habana, seguidas de la detallada Memoria sobre las mercaderías que no se producen en el Perú y que en él se consumen, explicando la mejor manera de acomodarlas y envasarlas para que no reciban daño en la navegación.

Tal es, en descolorido, extracto, la relación del portugués anónimo. Muy de desear es que se publique íntegra y seguida de aquella Memoria de las mercancías extranjeras que se importaban entonces al Perú, la cual acabamos de mencionar y que es tan interesante para la historia económica de las Indias.

Escrita la relación, como por algunas citas se habrá observado, en estilo incorrectísimo y a trechos confuso, en una verdadera algarabía lusitano-castellana; inspirada en sus apreciaciones sobre el gobierno de la colonia y carácter de sus habitantes por un criterio acerbo y mordaz, como es al cabo criterio de enemigo y perseguido; sobrado sucinta en algunos capítulos y particularidades, y nimia en otras, constituye con todo un curiosísimo e importantísimo documento histórico, una completa evocación de la Lima y el Perú de los tiempos de Felipe III, la más viva pintura de la sociedad criolla a principios del siglo XVII, vista con los penetrantes ojos, el despejado y minucioso ingenio y la agudeza mercantil propia del observador judío. Y si algunas veces dijo males de los pobladores, a lo menos sintió profundamente los encantos y hermosuras de nuestras comarcas, y supo recordar con piadosa nostalgia de desterrado, los variados hechizos de sus climas y paisajes y fijar por escrito los fugitivos aspectos de sus pintorescas costumbres; por todo lo cual bien podemos quedarle reconocidos en fin de cuentas, perdonándole (atendiendo a las molestias y amenazas que debieron rodearlo y obligarlo a expatriarse de su tierra de elección) su tarea de espionaje, que resultó ineficaz para sus propósitos de venganza, y las murmuraciones y detracciones que trae contra nuestros predecesores y antepasados *.

* En 1944, la *Revista del Archivo Histórico del Perú* (Tomo XVII, págs. 3 a 44), publicó una glosa sin firma, de la *Descripción anónima del Perú y de Lima compuesta por un judío portugués y dirigida a los estados de Holanda*. Rectificando al comentarista, cuando manifiesta que, el manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París, no había sido utilizado por nadie antes que por él, en Nota de la Redacción se recordaba, el trabajo que diez años antes, había escrito Riva-Agüero —que aquí reproducimos— y la parte copiada por el P. Vargas Ugarte, en el volumen de *Manuscritos Peruanos en la Bibliotecas del Extranjero*.—Lima, 1935. En esta obra se inserta parte del texto, en págs. 39 a 67, con una breve explicación y algunas notas.—M. M.

Diego Mexía de Fernangil,

POETA SEVILLANO DEL SIGLO XVI, AVECINDADO EN EL PERU Y LA SEGUNDA PARTE DE SU "PARNASO ANTARTICO" EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE PARIS

Por Don JOSE DE LA RIVA AGÜERO

Entre los poetas clásicos sevillanos de segunda fila, uno de los menos conocidos y de los más dignos de serlo es Diego Mexía de Fernangil. Para la cabal apreciación de sus obras, muchas de las cuales se conservan inéditas, le ha perjudicado haber permanecido ausente de España casi toda su vida, gastada en largas andanzas por los virreinos americanos. De aquí proviene que los eruditos de Sevilla traigan sobre él noticias muy escasas y erróneas. Don Fermín Arana de Varflora (1) tiene por dos poetas distintos a Diego Mexía, autor de la *Primera parte del Parnaso Antártico*, impresa en Sevilla el año de 1608, y a Diego Mexía de Fernangil, autor de los sonetos intitulados *Christi Domini philanthropia*, que, sin indicación de año, afirma haber impreso igualmente en Sevilla, según el testimonio de Cuesta en sus adiciones a la *Biblioteca de Nicolás Antonio*. Lasso de la Vega (2), no sólo repite la duplicación de Varflora, sino que asegura que el primer Diego Mexía, autor del *Parnaso Antártico* y traductor de las *Heroidas* de Ovidio, fué Oidor de la Audiencia de Lima, confundiéndo-lo con el Licenciado toledano D. Pedro Mexía (que renunció la toga y se hizo jesuíta en 1568, y acabó por ser Rector del Colegio de San Pablo y Visitador nombrado por el Virrey Toledo), o con el limeño D. Diego Mexía y Zúñiga, Asesor del Cabildo de Lima y Fiscal de la Audiencia de México (3).

Nuestro poeta fué natural de Sevilla, como lo declaró muchas veces en sus obras. No obtuvo jamás el cargo de Oidor. Parece haber sido mercader, conforme lo dice expresamente Mendiburu y lo indican algunos pasajes de sus propios prólogos y dedicatorias, la naturaleza de sus tan dilatados viajes y su final residencia en Potosí. Hacia 1617, fecha de la conclusión de la *Segunda parte del Parnaso*, era Ministro del Tribunal de la Inquisición peruana, para la visita y corrección de

- (1).—Varflora, *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad*, núm. I, A, B, C, D, E... pág. 85... Con licencia, año 1791.
- (2).—Angel Lasso de la Vega y Argüelles, *Historia y juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana en los siglos XVI y XVII*. Memoria... presentada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Madrid, 1871, páginas 275, 276 y 279.
- (3).—Véase Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, tomo V, págs. 227 y 228.

los libros; y es éste el único oficio público que confiesa y puede atribuírsele.

Debió partir de Sevilla en 1585, porque en 1617 contaba treinta y tres años de su salida de España (4). Pasó a la América meridional; y en ella, "ocupado y distraído en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios a la vida", navegó mares y caminó tierras "por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros" (5). Los continuos viajes, a que sus contrataciones y granjerías lo obligaban, le impedían satisfacer a sus anchas aficiones poéticas y disfrutar soseadamente de la amistad de los literatos, que ya abundaban en el Perú. "La comunicación con hombres dotos (aunque en esta parte hay muchos) es tan poca cuan poco es el tiempo que donde ellos están habito". Por estas señales de vida andariega y trashumante, es lo más verosímil que se dedicara, como a la sazón lo hacían tantos de sus paisanos, a llevar y traer ropa de la tierra y artículos de Castilla desde Quito a Potosí. En tales tráficos mercantiles, las ocasiones de conversación literaria no eran tan frecuentes como él lo hubiera deseado; y aun muchas de las personas cultas establecidas en el Virreinato daban al olvido sus antiguos estudios y se dejaban vencer por las influencias del nuevo ambiente y las condiciones de vida de estas inmensas comarcas, recién abiertas a la explotación económica, desfavorables en consecuencia a la quietud de la lectura delicada y los elevados ejercicios literarios, y en las que a todos fascinaba el afán de lucro inmediato y de las gigantescas empresas mineras. De ello se queja amargamente Mexía, que fué comerciante sin ninguna vocación. "En estas partes se platica poco desta materia, digo de la verdadera poesía y artificioso metrificar, que de hacer coplas a bulto antes no hay quien no lo profese. Porque los sabios que desto podrian tratar, solo tratan de interes y ganancia, que es a lo que aca los trajo su voluntad; y es de tal modo que el que mas doto viene, se vuelve mas perulero" (6).

La propicia atmósfera poética que él apetecía, de relativo refinamiento y humanismo, no podía encontrarla sino en Lima; y las temporadas que pasó en la capital, hubieron de ser sin duda las más agradables de su prolongada estancia en el Perú. Reproducía entonces Lima en pequeño las condiciones y aspectos de Sevilla, cuyos hijos formaban mayoría notable entre la clase principal de sus pobladores. Sevillanos, o a lo menos andaluces, eran casi todos los ingenios que en Lima fraternizaron con Mexía y a quienes menciona la anónima discípula de éste en el *Discurso* en tercetos, preliminar de la *Primera Parte del Parnaso Antártico*. Sevillano era el Padre Diego de Hojeda, célebre autor de *La Cristiada*, prior del convento grande de los dominicos en Lima;

(4).—*Segunda Parte del Parnaso Antártico* (Ms. de la Biblioteca Nacional de París). Advertencia al lector.

(5).—*Primera Parte del Parnaso Antártico*, año de 1608, con privilegio en Sevilla, por Alonso Rodríguez Gamarra... *El autor a sus amigos*, folios 3, vuelta y 4.

(6).—Ob. cit., fojas 4 y vuelta.

sevillano Pedro Montes de Oca, tan alabado por Cervantes y Espinel; sevillano Duarte Fernández, aunque fuera su familia oriunda de Portugal. De Archidona era el presbítero Miguel Cabello Balboa, que residía en la diócesis de Lima en los últimos años del siglo XVI (7), y que además de su conocida *Miscelánea Antártica*, en prosa, compuso las siguientes obras literarias que cita la poetisa anónima: *La Vulcánea*, *El Elogio militar*, *La entrada de Los Mojos*, *La comedia del Cuzco* y *Vasquirana*. A estos se agregaban, recordados por la misma poetisa, el Dr. Figueroa, igualmente vecino de Lima como todos los anteriores, y que debe de ser el Dr. Francisco de Figueroa, cuyos versos aparecen en los preliminares de la otra *Miscelánea Austral* de D. Diego Dávalos; el poeta Sedeño, probablemente toledano; el capitán Juan de Salcedo Villandrando; Juan de la Portilla, Cristóbal de Arriaga y Pedro de Carvajal. El elemento criollo estaba brillantemente representado en aquel grupo con el famoso licenciado chileno *Pedro de Oña*, autor del Arauco domado; el quiteño Gaspar de Villarroel, futuro fraile agustino, Obispo de Santiago de Chile y Arequipa y Arzobispo de Chuquisaca, prosista de grandes bríos y reputadísimo predicador, y que estudiante entonces en el Colegio de San Martín, rendía a la poesía feliz tributo en versos juveniles; y algún genuino miembro de la aristocracia limeña como aquel D. Juan de Ribera y Dávalos, elogiado por Cervantes en el *Canto de Caliope*, caballero de Calatrava y Alcalde de Lima, hijo del conquistador Nicolás de Ribera el Viejo y que por su bisabuelo, doncel de D. Juan II, entroncaba con la casa de los Duques de Alcalá y Marqueses de Tarifa. Muchos de los enumerados pertenecían a la *Academia Antártica de Lima*, en la que fué incorporado Mexía con el nombre de *Delio*. El director y principal sostén de esta Academia era Antonio Falcón, grande admirador de los poetas italianos y en especial de Dante y Tasso, según se desprende del loor que le dedica la poetisa:

“Y tú, Antonio Falcón, bien es te atrevas
la Antártica Academia, como Atlante,
fundar en ti, pues sobre ti la llevas.

Ya el culto Taso, ya el oscuro Dante
tienen imitador en ti, y tan diestro
que yendo tras su luz, les vas delante”.

Pudo haber sido hermano del licenciado aragonés Francisco Falcón, acérrimo defensor y apologista de los indios, cuyos escritos sirvieron de fuente a la relación del jesuita anónimo publicada por Jiménez de la Espada (Madrid, 1879) y la *Historia* del Padre Blas Valera, transcrita en mucha parte en los *Comentarios Reales* de Garcilaso. También debió de pertenecer a la Academia, con el nombre de Criselio, el capitán Cristóbal Pérez Rincón (8).

(7).—Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, tomo II, página 96.

(8).—Hay un soneto de él al fin de la *Primera Parte del Parnaso*.

Figuraba ventajosamente entre estos versificadores la anónima poetisa cuyo *Discurso*, que sirve de introducción al *Parnaso Antártico*, contiene la recordación y elogio de todos ellos. Mexía, de quien se confiesa discípula, dice que era "una señora principal de este Reino, muy versada en la lengua Toscana y Portuguesa". Don Ricardo Palma, justamente asombrado de la maestría y erudición que sus versos descubren, ha puesto en duda su condición de mujer; mas no hay razón positiva para negarla.

A más de los anteriores ingenios residentes en Lima, Mexía mantuvo correspondencia literaria en el Perú con Luis Pérez Angel, vecino de Arica, que contribuyó con un aceptable soneto a las laudatorias de la *Primera Parte del Parnaso*; y con el cordobés Diego de Aguilar y Córdoba, vecino de Huánuco y autor del poema inédito *El Marañón*, estudiado por los Sres. Jiménez de la Espada y Menéndez Pelayo (9).

Podría creerse que la traducción en tercetos de las *Heroidas* de Ovidio, única obra verdaderamente conocida hasta aquí de Diego Mexía, y que compone con la del *In Ibin* toda la *Primera Parte* de su *Parnaso*, hubiera nacido en el tibio y regalado clima limeño y en el seno de aquella cultísima Academia Antártica, hermana modesta pero no indigna de la de Pacheco y demás sevillanas (10). Ovidio, por su blandura, terneza y muelle felicidad, es como para traducirlo en Lima. Pero si el inconsciente soplo de la inspiración pudo recibirlo Mexía en la suave capital del Perú, la decisión fué debida a una casual circunstancia en su azaroso viaje del año de 1596 a la Nueva España y la ejecución realizada en su difícil y prolijo peregrinar por las duras sierras mexicanas, según todo nos lo relata en el prólogo *Al lector* (11):

"Navegando el año pasado de nouenta y seys, desde las riquissimas prouincias del Piru, a los Reinos de la Nueva España (mas por curiosidad de verlos que por el interes que por mis empleos pretendia), mi nauio padescio tan graue tormenta en el golfo (llamado comunmente) d'el Papagayo, que a mi i a mis compañeros nos fue representada la verdadera hora de la muerte: Pues demas de se nos rendir todos los arboles (vispera d'el gran Patron de las Españas, a las doze horas de la noche, con espantoso ruido, sin que vela, ni astilla de arbol quedasse en el nauio,

(9).—M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo III, págs. CLVII y CLVIII.

(10).—Menéndez Pelayo (*Antología*, tomo IV, pág. XVIII), creyó que dicha Academia Antártica no era propiamente tal, sino la Universidad de Lima; pero lo refutan las circunstancias de que algunos de sus miembros conocidos, como el capitán Rincón y el mismo Mexía, no parece que pertenecieron al claustro de San Marcos; de que en cambio usaban pseudónimos poéticos, como era de rito en las verdaderas academias literarias; y de que en los preliminares del *Parnaso* no se denomina *Academia* a la Universidad de México, según debió reclamarlo la analogía si entendían designar por aquel apelativo a la limeña.

(11).—Esta relación se ha reproducido ya por los anotadores de la traducción española de Ticknor, y por Menéndez Pelayo en la obra antes citada.

con muerte arrebatada de vn hombre) el combatido baxel daua tan temerarios balances, con mas de dos mil quintales de azogue que (por carga infernal) llevaba: i sin mucho vino y plata, y otras mercaderias, de que estava suficientemente cargado; que cada momentos nos hallavamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso padre) milagrosamente, i fuera de toda esperanca humana (aviendonos desahuciado el piloto) con las bombas en las manos, i dos vandoias, nos arroxó dia de la Transfiguracion en Acaxu, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona, i plata, i no queriendo tentar a Dios en desaparexado nauio, determiné ir por tierra a la gran ciudad de México, cabeza (y con razon) de la Nueva España. Fueme dificultosissimo el camino, por ser de trescientas leguas, las aguas eran grandes, por ser tiempo de invierno; el camino aspero, los lodos, i pantanos muchos: los rios peligrosos, i los pueblos mal proueidos, por el cocoliste y pestilencia general que en los Indios avia. Demas d'esto, i d'el fastidio i molimiento que el prolixo caminar trae consigo, me martirizí vna continua melancolia, por la infelicissima nueva de Cadiz i quema de la flota Mexicana, de que fui sabidor en el principio de este mi largo viaje. Estas razones, i caminar a passo fastidioso de requa (que no es la menor en semejantes calamidades) me obligaron (por engañar a mis propios trabajos) a leer algunos ratos en vn libro de las Epistolas del uerdaderamente Poeta Ovidio Nason, el qual para matalotaje del espíritu (por no hallar otro libro) compré a un estudiante en Sonsonate. De leerlo uino el aficionarme a el: la aficion me obligó a repasarlo; i lo uno i lo otro, i la ociosidad me dieron animo a traducir con mi tosco, i totalmente rustico estilo, i language, algunas epistolas de las que mas me deleitaron. Tanto duró el camino, i tanta fue mi constancia, que quando llegué a la gran ciudad de Mexico Tenustlitlan, hallé traduzidas en tres meses de ueinte i una epistolas, las catorze. I aunque entiendo mui bien que se me podrá responder aquí, lo que el excelente Apeles, al otro pintor, que en este espacio de tiempo se podrian traduzir (segun estan de mal traduzidas, i peor entendidas) otras tres tantas epistolas, que estas; pero como yo no pretendo la fama (no digo de Poeta, que este es nombre celebre i grandioso, sino de metrificador) que el otro pretendia de pintor, no reparo en ello, ni entonces reparé: Antes considerando que mi estada en la nueva España (respeto de la grande falta de ropa y mercaderias, que en ella auia) se dilataua por vn año, me pareció que no era justo desistir desta impressa, i mas animado de los pareceres de algunos hombres doctos. I assi mediante la perseverancia le di el fin que pretendia. Quise traduzirlas en tercetos, por parezeme que corresponden estas Rimas con el verso Elegiaco Latino: limelas lo mejor que a mi pobre talento fue concedido, adornándolas con argumentos en prosa, i moralidades que para su inteligencia i vtilidad del lector me parecieron conuenir: pues es cierto que la Poesia que deleita sin aprovechar con su doctrina, no consigue su fin, como lo afirma Horacio en su arte, i mejor que el, Aristoteles en su Poetica. Se-

gui en la explicacion de los conceptos mas dificultosos a sus comentadores, Hubertino y Ascensio, i a Iuan Baptista Egnacio Veneciano; i en algunas cosas imité a Remigio Florentino, que en verso suelto las traduxo en su lengua Toscana, con la elegancia y estudio que todos los milagrosos ingenios de Italia han siempre escrito. Demas de lo bueno que en estos autores e hallado, añadí conceptos, i sentencias mias (si tal nombre merecen) assi para mas declaracion de las de Ovidio, como para rematar con dulzura algunos tercetos. Finalmente e puesto la diligencia possible, porque esta admirable obra saliesse con el mejor atauio, i ornato, que a mi entendimiento fuesse posible... Tambien e visto despues acá en otras impresiones, unos Disticos antepuestos, i pospuestos a aquella por quien yo hize esta traduccion, i algunos menos, i algunos mas: i assi el curioso que quisiere conferir los Tercetos, por los Disticos, si hallare alguna variacion, entienda que en los diferentes exemplares está la falta... Despues de aver puesto fin a esta traduccion no faltó quien dixo que no auia traduzido la invetiva, intitulada in Ibin, que d'el mesmo Ovidio anda impressa con estas sus Heroidas, o Heroicas epistolas, por la gran dificultad que tenia: i assi por los desengañar, como para servir a los curiosos, la traduci con la curiosidad, i mayor inteligencia que me fue concedida, poniendole al margen las historias, sin las cuales tuviera alguna dificultad, por ser muchas, i algunas mui peregrinas”.

Vuelto Diego Mexía a Lima después de su viaje por México, acabó de corregir y repasar esta traducción, y la envió a España para la imprenta, precedida, como ya tenemos dicho, del célebre *Discurso* en verso de su discípula. En agradecimiento a ésta compuso un sonoro soneto que va a continuación de aquél y que por la rareza del libro copiamos:

L'Antigua Grecia con su voz divina
 celebra por Deidades de Helicon
 nueve poetisas, dándoles corona
 de yedra, lauro, rosa y clavellina;
 Traxila, Mirti, Annites, Miro, Erina,
 Nossida y Telesilla que s'entona
 con dulce canto, y Safo a quien pregona
 su Lesbos, como Tebas a Corina.

Mas ¡oh matrona, honor del mismo Apolo!
 la clavellina, rosa, lauro y hiedra
 en todo siglo sola a tí se debe,
 pues siendo la Deidad de nuestro polo
 t'adorarán en su parnasia piedra
 las nueve musas y las griegas nueve.

La licencia para la impresión de la *Primera Parte del Parnaso Antártico* está fechada en Valladolid a 28 de Noviembre de 1604; el pri-

vilegio a favor de *Fernando Mexia, mercader de libros, vecino de Sevilla*, en Valladolid también, a 14 de Diciembre de 1605; y sólo en 1608 vino a imprimirse el volumen en Sevilla por Alonso Rodríguez Gamarra. Es un tomo en 4º de 268. fojas. La portada dice: *El Parnaso / Antártico / de obras / amatorias / Con las 21 Epistolas de Ovidio, y el in Ibin en tercetos / Dirigidas a don Iuan de Villela, Oydor en la Chancilleria de los Reyes / Por Diego Mexia, natural de la ciudad de Sevilla; y residente / en la de los Reyes, en los riquissimos Reinos del Piru. Año 1608.* Debajo hay un escudo con el sol, dos cerros, y el lema *Plus Ultra* y una fuente que parece representar el Polo Antártico o el cerro de Potosí, y en derredor una orla con estos versos:

Si Marte llevó al ocaso
las dos columnas, Apolo
llevó al Antártico Polo
a las Musas y al Parnaso.

La dedicatoria al Oidor Villela (12) no lleva fecha. Los sonetos laudatorios que anteceden al prólogo son del licenciado Pedro de Oña y de Luis Pérez Angel, de quienes ya hemos hablado, y del Dr. Pedro de Soto, Catedrático de Filosofía en México, quien en nombre de su Claustro escribe:

Clarísimo Mexia, en quien derrama
el cielo cuanto bien conoce el suelo,
tanto alargáis con vuestra pluma el vuelo
que al Orbe ha dado vuelta vuestra fama.

Salió del Betis la eminente llama
de vuestro resplandor y sin recelo
llega del Sur al Artico, y el velo
del olvido abrasando, a Febo inflama.

Las Musas de Parnaso y d'Helicon
hallando en vos su Ovidio transformado,
de lauro os tejen inmortal corona.

Y pues tal hijo al Nuevo Mundo has dado,
¡oh gran Sevilla, célebre matrona!
más riqueza le das que él te ha enviado.

Esta versión de las *Heroidas* de Ovidio, que ha sido reimpressa dos veces en España (por Fernández, en 1797, tomo XIX, y después en la *Biblioteca Clásica*), ha merecido singulares encomios de tan buenos jueces como Quintana y Menéndez Pelayo. En verdad que, como lo nota el último y lo advierte el propio Mexia en su introducción, más es pará-

(12).—El que fue, andando el tiempo, Presidente del Consejo de Indias y Conde de Lences bajo Felipe IV.

frasis que no traducción ceñida. *De suerte (expresa) que puedo ser mejor llamado imitador que traductor.* Declaración que es menester no olvidar para justipreciar algunas de sus bellezas de dicción y sentimiento. Así, por ejemplo, en la *Epístola tercera* Hipodamia le dice a Aquiles:

Ay de mí triste y poco venturosa
que al partir me perdí tanto los bríos
que un beso no te dí de vergonzosa!

Ovidio (o Aulo Sabino, si no es auténtica) dijo simplemente, sin indicar la razón:

Hei mihi! discedens oscula nulla dedi.

Este rasgo de timidez, y pudor, que tan bien conviene a la honesta esclava, es personal de Mexía. En la *Epístola cuarta*, de Fedra a Hipólito, hallamos un verso muy feliz:

Amémonos los dos desta manera,
seamos deste número dichosos.
y habrá en el bosque eterna primavera:
Que si el fruto de Venus amoroso
del bosque quitas, toda su frescura
se ha de volver en páramo enfadoso.

Ovidio no pone sino:

Nos quoque jam primum turba numeremur in ista:
si Venerem tollas, rustica silva tua est.

Mexía le ha añadido la impresión de la alegría y el esplendor con que la Naturaleza se reviste a los ojos de los amantes. En la *Epístola Quinta* escribe:

Hay un monte, una cumbre inmensa, llena
de fragosa aspereza, cuya altura
mira al profundo, donde el mar resuena.
En cuya falda impenetrable y dura
Neptuno hierve, y ella resistiendo
convierte en blanca espuma l'agua pura.

Aquí ha desarrollado, y no sin gallardía, el paisaje que el original bosquejaba en estos breves términos:

Adspicit inmensum moles nativa profundum:
mons fuit, aequoreis illa resistis aquis.

Tales aciertos hacen perdonar los desmayos, prosaísmos y rípios en que incurre a menudo. Porque muchas veces, al revés de lo que hasta ahora hemos señalado, deslustra el texto latino con alguna explicación cansada y rastrea, o con alguna moralidad trivial, o apaga la luz del cuadro con la omisión de un epíteto pintoresco. Así, en la misma *Epístola quinta*, la *unda coerula*, que da la nota de color del risueño Mediterráneo, se convierte en un mero *mar inmenso*; las *virides Nereidas*, que expresan el matiz de las aguas profundas, no son más que

... las Ninfas del mar embravecido.

En la *Epístola séptima*, "los azules corceles que Tritón hará correr por la lisa llanura de las ondas"

... strataque aequaliter unda
Caeruleis Triton per mare curret equis,

se truecan mezquinamente en

Y a Tritón sobre el mar sesgo y afable
con sus caballos desmostrarse a nado.

En cambio está muy bien interpretada la descripción de la travesía nocturna de Leandro en la *Epístola décimoséptima*:

L'agua serena, sesga, mansa y cana
cual si fuera cristal repercutía
los soberanos rayos de Diana.

La noche con la luz resplandecía
de suerte que su título perdiendo,
con propiedad se pudo llamar día.

Ninguna voz oí, ningún estruendo,
sino era aquel murmurio, aquel ruido
qu'iban mis brazos al nadar haciendo.

De cuando en cuando me hirió el oído
de solas las alciones el canto
por Ceice, su amantísimo marido.

Muy apreciable es en conjunto esta traducción de las *Heroidas*, a pesar de sus desigualdades y altibajos. La de la *Invectéva contra Ibis*, que va a continuación, no nos parece tan afortunada, porque es mucho más cansada y tediosa que el original latino, el cual ya lo es y bastante.

Con todas sus deficiencias, la versión ovidiana de Mexia constituye una estimabilísima curiosidad literaria. Este sevillano *perulero* es el abuelo remoto, pero fácil, lozano y galante, de los grandes traductores e imitadores clásicos hispano-americanos, de Landívar y el Obispo Mon-

tes de Oca, de Bello y Miguel Antonio Caro. Y para hacer aún más simpática la *Primera Parte del Parnaso Antártico*, aparece al lado de la abierta y agradable figura de Diego Mexía, el latinista andaluz indianizado, la misteriosa y fina fisonomía de su discípula anónima, la poetisa criolla.

La lectura de la traducción de las *Heroidas* en la Academia Antártica limeña y su remisión a España para la imprenta debieron de consolidar y aumentar el crédito literario de Mexía; y no es improbable que a él y a su incógnita alumna quisiera rendirles homenaje D. Diego Dávalos y Figueroa cuando en su *Miscelánea Austral* puso como interlocutores a *Delio* (13) y Cilena. Mas si ganó en fama Mexía, no mejoró, antes empeoró grandemente, de fortuna material, bien fuera porque sus inclinaciones poéticas lo llevaran a descuidar sus negocios, bien por otras causas. Debió de continuar algún tiempo sus viajes periódicos durante los primeros años del siglo XVII, pues de ellos es una epístola en tercetos, que más adelante analizaremos, escrita en Andamarca, en las serranías setentrionales del Perú. Por entonces hubo también de conseguir el cargo de Ministro de la Inquisición para la visita de librerías. Mas, arruinado al cabo en su hacienda y desengañado del comercio ambulante, pasó a fijarse en Potosí por los años de 1608 a 1609 (14), como nos narra en la dedicatoria al Príncipe de Esquilache que antecede la *Segunda Parte* de su *Parnaso Antártico*, manuscrito existente en la Biblioteca de París:

“Pues habiendo por espacio destes ocho años últimos corrido por mis negocios tan deshecha tormenta, que habiendome lleuado los mas de los bienes que llaman de fortuna, me recogí en esta Imperial Villa con mi familia como en seguro puerto, esperando pasase el rigor deste airado iuverno: donde con quietud he gozado de los bienes del entendimiento sobre quien no tiene la Fortuna dominio ni imperio alguno. He desembuelto muchos autores Latinos i he frecuentado los umbrales del templo de las sagradas Musas. Y auiendo destas i de aquellos fabricado la segunda i tercera parte de mi Parnaso Antartico (auiendo ya impreso la primera) para compensar mis muchas pérdidas con una colmada y muy dichosa ganancia, determiné dedicar y consagrar estos frutos

(13).—Pseudónimo académico de Diego Mexía, como atrás va ya recordado.

(14).—De los poetas que hemos nombrado en páginas anteriores, fueron varios los que por este tiempo pasaron del Bajo Perú a establecerse en el Alto: D. Diego Dávalos y Figueroa, que en 1601 fechaba en La Paz la dedicatoria de su *Miscelánea Austral*; Duarte Fernández, de quien dice la poetisa:

Fué al cerro donde el Austro es buen testigo
que vale más su vena que las venas
de plata que allí puso el cielo amigo;

y quizá también Juan de la Portilla.

de mis estudios a V. Exa., y assi embio agora esta segunda parte de obras diuinas, porque a quien mexor las puedo offrecer que a un Principe excelentissimo, doctissimo, studiosissimo? Reciba pues V. Exa., el pequeño don acompañado de una voluntad muy copiosa de servir a V. Exa., y si esta parte se acepta con la benignidad que espero, embiaré la tercera parte, donde terná V. Exa. no la menor en sus dignissimas alabancas. Guarde nuestro Señor i prospere la excelentissima persona de V. Exa., por mui largos y felices años como el Piru lo ha menester. de Potosí a 15 de henero de 1617."

Dicha *Segunda parte*, que constituye el tema principal de la presente Memoria, figura con el núm. 599 en el catálogo de manuscritos españoles y portugueses de aquella Biblioteca, formado por el eminente hispanista Alfredo Morel-Fatio, y con el núm. 389 en la ordenación actual. Procede de la colección de los Padres del Oratorio de la rue Saint-Honoré. Hubo de ser el propio ejemplar ofrecido al príncipe de Esquilache, porque en la pasta de cuero rojo tiene grabadas en oro las armas de Borja y Aragón, y la dedicatoria que ya hemos transcrito, lleva la firma autógrafa de Mexía. Es un volumen de 209 fojas numeradas con guarismos, fuera de las 15 de preliminares que van numeradas con letras. Mide 205 milímetros de largo por 150 de ancho. La portada dice: *La / Segunda Parte / Del / Parnaso Antartico / de diuinos Poemas / Dirigida al excelentissimo Principe de Esquilache / Virrei, i capitán general del Pirú por el Rey / nuestro Señor*. Escudo con tinta, igual al de la portada de la *Primera parte del Parnaso*, con la misma orla; y debajo: *Por Diego Mexia de Fernangil Ministro del Sancto / off. de la inquisicion en la visita i correccion de los libros / y natural de la ciudad de Sevilla / Año de 1647* (Sic. Debajo del 4 hay un 1, que es el número verdadero, como se ve por la fecha de la dedicatoria que conocemos.) Al reverso tabla de materias. Epígrafes latinos de Ovidio y Marcial. Escudo en colores de Borja y Aragón. En la foja j una estampa de Cristo con la leyenda *Speciosus forma proe filliis hominum Psal. XXXXVIII* y con letras pequeñas *Ant. Wierx sculp. et excud.* Ocupan hasta la foja 101 los sonetos *A la vida de Cristo*; vienen luego una carta a *Nuestra Señora* (foja 102); *La vida de Santa Margarita* (foja 118); *Oración en loor de Santa Ana* (foja 138); *Memorare Novissima* (foja 154); *Egloga del Buen Pastor* (foja 162), y otra *Egloga El Dios Pan en loor del Santissimo Sacramento*, precedida de una larga e importante epístola dedicatoria a D. Diego de Portugal, Presidente en la Real Audiencia de los Charcas (foja 169 vuelta).

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien se le ocultó tan poco en historia literaria castellana, conoció este manuscrito y dió de él noticia, pero muy somera y no al tratar de Mexía en el tomo III de la *Antología de líricos hispano-americanos*, sino en una nota de la página XVIII del tomo IV de la misma obra. Mas siendo tan sucintos sus da-

tos, no nos parece tarea inútil para la historia de la Escuela poética sevillano-peruana, examinar con alguna detención el referido manuscrito.

Una buena parte de él no podría considerarse como inédita si es exacta la aseveración que tomó Varflora de las adiciones de Cuesta a Nicolás Antonio, es a saber: que se imprimieron en Sevilla con el título de *Christi Domini philantropia* 163 sonetos castellanos de Diego Mexía de Fernangil (15). No creemos improbable la existencia de tal edición, atendiendo a las palabras de Mexía en su proemio que abajo copiamos; pero es insegurísimo el dato consignado por Varflora, no sólo a causa de la fuente que alega y que no hemos podido compulsar, sino por la imprecisión del título, evidentemente alterado al verterlo al latín por la ausencia total de indicación de época y porque en ningún caso pudieron ser 163 sonetos publicados, sino 153, que fueron los primitivamente compuestos para servir de comentario a las estampas sobre la vida de Cristo del jesuíta Jerónimo Natal, según lo declara el poeta en la advertencia *Al lector*, que dice así:

“Vi las ciento y cincuenta y tres estampas que de ella [la vida de Cristo] sacó a luz el Padre Hieronimo Natal de la compañía de Jesús. Las cuales auiedo venido a mis manos en esta Villa Imperial de Potosí, ceuado de la variedad i elegancia de las imágenes, comencé con atención i devocion a rumiar i contemplar los pasos de aquella soberana vida de nuestra vida. . . . I asi arrebatado en su amor en agradecimiento de tantas mercedes con mi tosca y mal limada Musa me dispuse a consagrar a cada estampa un Soneto Castellano: para que assi como muchas naciones gozan de muchas meditaciones en sus lenguaxes i naturales de Idiomas, gozasse tambien la Española como no menos deuota y pia de las mesmas estampas declaradas con mis Españoles Epigramas. Confieso que era impresa para ingenio mas desocupado que el mio, i para mas alto i mas deuoto espiritu. . . . Puestos pues en la mayor perfeccion que pude los Sonetos, los embié en el principio del año pasado de catorze a España, encaminados a la ciudad de Anuers en Flandes, donde entendí estauan las matrices de las estampas para que los Sonetos se imprimiessen con ellas: i viniessen Sonetos y estampas en un cuerpo: por carecer los Sonetos de su espíritu sin sus estampas; i espero en el Señor cuya gloria se pretende que algún dia los hemos de ver impresos. Embiados pues los Sonetos, y enseñandolos después a muchos amigos doctos y religiosos hicieron en sus almas tales efectos que me aconsejaron i importunaron los publicase i imprimiesses sueltos: assi por no tener certeza si lo de Flandes terná execucion o cuando la terná: y que dado caso que la tenga y con breuedad, verá en volumen muy grande, i es bien que anden en libro mas portatil para todos. Apretaron tanto en este pase que determiné cumpliendo con su deuocion cumplir los

ciento y cincuenta y tres Sonetos a doscientos para que hiciessen historia; por auer dexado el padre Natal muchos pasos esenciales de la vida de Cristo Nuestro Señor sin estampas, i con estos quarenta y siete Sonetos añadidos queda algo mas cumplida y perfecta la historia. No ignoro que los Sonetos no son para seguir el hilo de alguna historia, por ser un género de compostura que dispone y remata un concepto cabalmente con summa perfeccion, i assi no da lugar a que vaya uno dependiente de otro, i por esta mesma razon puse yo a cada Estampa un Soneto porque en el concluia con el pensamiento de la estampa. Lo que no pudiera hazer tambien con otro genero de compostura. Pero auiendo de imprimillos sueltos (si acaso me animase a tanto) fue forzoso encadenar la historia: mas va de suerte que cada Soneto es una piedra Labrada y desencasada del edificio, que el solo forma concepto i puede seruir solo sin quedar dependiente del antecedente ni del subsequente. Bien es verdad que si yo los compusiera todos con esta intencion, sin duda fueran mas dulces, mas perfectos y mas leuantados. Porque en los 153 primeros mi intencion y mi obligacion fue solo explicar con cada Soneto una estampa, yendo atada la oracion a su explicacion con tanta breuedad como en catorze hendecassilabos se encierra. Lo cual fuera mui diferente si la pluma corriera con libertad, como se echará de ver en algunos que no fueron atados a explicacion de alguna estampa. No digo esto por escusar mis ignorancias, antes confieso que tengo muchas para tan alta impresa: i conosco que en treinta i tres años que ha salí de España es ya otro el lenguaxe y otra la perfeccion y alteza de la Poesia, pero con esta que entonces traxe y acá se a disminuido quise hazer este servicio. . . . Y assi demas de la ensancha que puse a los Sonetos, les añadí otras obras diuinas compuestas en diferentes ocasiones para que el libro tuviesse algun volumen.”

No puede ser más paladina la confesión del motivo que lo decidí a coleccionar todas sus poesías devotas. Así se explica la desigualdad de ellas, que quedan bien juzgadas en verdad con el epígrafe de Marcial, que les aplicó Mexía insistiendo en la misma idea:

Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura
quae legis hic; aliter non fit Avitte, liber.

Y concluye la advertencia preliminar con igual modestia: “Qualquiera cosa que esto sea la reciiras (lector benéuolo) con animo deuoto y agradecido, aduirtiendo que *aunque esto no va con mui culto y mui afeitado o afectado atauio, va lleno de riqueza inextimable para el alma*”.

Entre los de la Escuela sevillana es, en efecto, uno de los menos propensos al boato y la grandilocuencia que fueron a parar en el culteranismo. Tiende, por el contrario, a la llaneza y aun al prosaísmo, como también ocurre con su amigo y paisano Hojeda. Es como él, versificador

facilísimo, pero a menudo flojo y desmayado. Los sonetos se resienten de la sequedad epigráfica, meramente narrativa, a que los sujetaba el primer intento y traza de la obra. Mas no son raros tampoco los trozos en que descubre suavidad, elegancia y ternura notable, y otras veces alcanza verdadero vigor de expresión. Así en la canción que precede a los sonetos y que titula *Introducción*, al tratar de la visión divina, hallamos frases no desdeñables:

.... Con sus mismas alas
 los seráficos rostros se han cubierto.
 Neblina y humo de tu silla exhalas;
 y cuando te sintió venir Elías
 sus perspicaces ojos ha encubierto.

Con una especie de anticipado *romanticismo* piadoso, que ha sido siempre muy español, inculca a los poetas la excelencia estética de la vida de Jesucristo:

Los que para escribir andáis sedientos
 sujetos procurando
 donde ocupar del arte la destreza
 y del gallardo ingenio la agudeza
 ya fábulas, ya historias fabricando:
 cantad a Cristo: Cristo es Hipocrene
 y Cristo es el sujeto más grandioso
 que se puede ofrecer en cielo y tierra.

.....
 Y así me espanto que cristiana gente
 en esta eterna fuente no presuma
 bañar la lengua y pluma eternamente.

Si la belleza debe ser sujeto
 de la Poesía y tiene por grandeza
 cantalla con magníficos renombres,
 Cristo fue el ejemplar de la belleza,
 siendo su rostro espléndido y perfecto
 sobre todos los hijos de los hombres.

.....
 Hasta los alguaciles y sayones
 yendo a prendelle, dél se aficionaron
 y su fiereza y rustiquez templaron
 al son y suavidad de las razones
 de aquella dulce boca deleitable.

Tan dulce fué que la Sinoga dura
 hiel y amargura dió a la boca bella
 pensando quitar de ella la dulzura.

Es entonado y verdaderamente poético el soneto 8:

Pasaron años: y también pasaron
las figuras y sombras en los viejos
y antiguos Patriarcas, que en bosquejos
a Cristo Dios y hombre figuraron.

Estos por una noche caminaron
con prenuncios, vislumbres y reflejos
de Cristo nuestro Sol, que desde lejos
con vista iluminada divisaron.

Queriendo, pues, venir el rutilante
Sol de Justicia, se mostró serena
la bella Aurora pura y refulgente:

Salió María, y en aquel instante
que salió al ser, salió de gracia llena
y quebró la cabeza a la Serpiente.

Es tierno y devotísimo el siguiente deprecatorio (sin numeración, fo-
ja 88 vuelta):

Todas las veces que por mi deshecho,
Dulce Jesús, en esa cruz os miro,
páreceme decís con un suspiro:

Diego, ¿por qué me matas? ¿Qué te he hecho?

Tus pecados me han puesto en este estrecho,
tú me tienes en cruz y en ella expiro;
cada culpa mortal es mortal tiro
que me azota, me enclava y abre el pecho.

¿Por qué me azotas? ¿Porque te he criado?
¿Por qué me enclavas? ¿porque te sustento?
¿Por qué me afrentas? ¿porque te redimo?

Hijo, no más rigor, no más pecado;
mi Cruz adora, siente lo que siento;
mi muerte estima, pues tu vida estimo.

Pero su más delicada inspiración se la dicta el nacimiento de la
Virgen en el soneto 10:

Angel custodio mio, vos sin duda
bajastes a mecer la cuna santa
de nuestra palestina ilustre infanta
que el nombre de Eva en nombre de Ave muda.

Suspensio vos, Naturaleza muda,
estuvistes gozando gloria tanta
y más en ver que la infernal garganta
veneno en esta niña no sacuda.

Decidme, porque de ella me enamore,
¿lloró al nacer la celestial María?

No, porque aqui el llorar fuera defecto.

Quien nace en culpa y para pena, llore;
quien nace en gracia y para gloria, ría:
pues la causa cesó, cese el efecto.

Por la unción en la plegaria, recuerda de nuevo a su comprovinciano y vecino Hojeda, que por aquel mismo tiempo y en el mismo país, aunque con vuelo y amplitud inmensamente mayores, trataba igual asunto piadoso.

Si Mexía está indemne de la ampulosidad culterana, no lo está por cierto del equivoquismo, los juegos de vocablos y los intrincados razonamientos a que la poesía castellana se ha inclinado siempre. Véase cómo hace hablar a Cristo cuando se despidе de su Madre, para irse a sufrir la pasión en Jerusalén:

Parto, pero sin mi, pues en ti parto.
que sin ti no voy todo al bien que sigo,
pero iré donde voy, mas va conmigo
mi mitad sola, pues de ti me aparto.

Ni aun llevo mi mitad, que si reparto
mi todo en partes dos, la que contigo
queda es mayor; hai parto, dulce amigo (*sic*),
pues me voy a morir de aqueste parto.

.....

De pésimo gusto los tercetos del soneto 175 (foja 88). En él dice María:

Alma sosiega, que aunque ves en cueros
al hijo que parí, no te alborotes,
que no está en cueros quien sin cueros muere.

Los cueros que le di, con golpes fieros
se los quitaron cinco mil azotes.

Asi se cumple, pues mi Dios lo quiere.

Algunos sonetos, como el 190 (foja 96) y los últimos, del 197 al 200, son con estrambote. Otros ofrecen cierta rareza en la colocación de rimas de los tercetos o vueltas. Así en el 137:

Dijo que un Anticristo *formidable*
adorado ha de ser de una infinita
multitud de hebraica y ciega gente;
y a Enoc y Elias matará atrocemente
y a los que viere que no traen escrita
la señal de la bestia *abominable*.

En la combinación que Rengifo señala como la cuarta (16); poco frecuente y sorda por la distancia en que la consonancia primera de la primera vuelta queda de la última de la segunda. El soneto 167, foja 84, es una variedad de los que se llamaban *encadenados*:

C La Virgen Madre por de fuera oia
 D los ecos que muy lejos resonaban
 C de los azotes que mi Dios sufría.
 C Contempla ¡oh alma! cuánto sentiría,
 D pues cada azote que en el hijo daban,
 C lo daban en el alma de María.

Más interesante que estas relativas curiosidades de rima son las referencias al estado social, costumbres y vicios del Perú, y en particular de Potosí. A fuer de comerciante tronado, fustiga la avaricia de los opulentos:

Soneto 41

El desorden y el hipo de cudicia
 Cristo de nuestros ánimos destierra.
 No atesoréis, nos dice, acá en la tierra,
 ni las almas rindáis a la avaricia.

El tesoro enterrado la malicia
 de los ladrones os lo desentierra,
 la nao se hunde, quítalo la guerra,
 y el hijo y la mujer lo desperdicia.

Atesorad en pobres y en el cielo
 que allá ni la polilla ni ladrones
 roerá ni robarán vuestra hacienda.

¡Oh Verbo eterno, Redentor del suelo!
 Alzad la voz, resuenen las razones
porque al Pirú las oiga y las entienda.

Soneto 110

Fué un rico (dice Cristo) tan vicioso
 que en comer y beber se deleitaba
 y el grueso y bestial cuerpo regalaba
 con púrpura y cambray raro y vistoso.

Y un Lázaro mendigo, humilde, astroso,
 con voz temblante y débil demandaba
 las migajas que el rico desechaba
 entre tanto manjar vario y costoso.

Eran al rico graves y molestos
 los gemidos de Lázaro, y pedía
 que sus lebreles confuror le asomen.

*¡Oh cuántos ricos tiene el Pirú destes!
 y aún más avaros, que éste en fin comía,
 mas ni lo dan los nuestros ni lo comen.*

Truena contra las lisonjas que tanto prodigaban los oradores sagrados de la Colonia:

¡Oh, si tuvieran los predicadores
 el vigésimo tercio en la memoria,
 cómo no fueran tan aduladores!

Quedo pluma, no más. Vuelve a la historia,
 y espera que el Señor de los señores
 por este celo te ha de dar la gloria.

Aplicando a los hechos evangélicos la terminología del Perú de entonces, resulta Pilatos *Virrey* (soneto 161), Caifás y los *Fariseos*, como *inquisidores* "relajan a Cristo al brazo secular" y lo condenan,

Como si fuera algún *ladrón cosario*. (Soneto 161)

La herejía protestante le preocupa muchísimo más de lo que podría suponerse al saber que vivía y escribía en tierras tan apartadas de ella y tan exentas de su contagio. A cada instante alude a sus doctrinas y fautores principalmente para execrarlos. Hasta el corazón del remoto y catolicísimo virreinato peruano llegaban de continuo los ecos del gran movimiento de la Reforma.

Esta higuera es símbolo y figura
 del hipócrita, que es todo apariencia,
 y del hereje miserable y ciego.

Este y aquel con *sola* fe procura
 salvarse; y Cristo dales por sentencia
 que se sequen y corten para el fuego. (Soneto 129)

Luego los abre de las Escrituras,
 el sentido; y ordena y constituye
 el sacramento de la Penitencia.

El triste hereje, como vive a oscuras,
 aquesta potestad niega y destruye,
 por no le dar a Pedro la obediencia. (Soneto 189)

.....

De donde se averigua y se concluye
que uno es solo el pastor, uno al rebaño,
y que Lutero y su canalla miente. (Soneto 192)

Los sonetos sobre la vida de Cristo se cierran con este último:

SONETO Y PERORACION.

Recibe ¡oh buen Jesús! el cornadillo
de quien no alcanza más para ofrecerte.
Canté tu vida, lamenté tu muerte;
y quisiese en las almas imprimillo.

Mi Dios, mi capitán y mi caudillo,
mi Cristo, mi pastor, mi brazo fuerte,
haz que no imite de la misma suerte
que me diste tu luz para escribillo.

De tu vida mi Musa va vestida;
sirva de yesca de tu fuego prenda
que nos abrase con tu dulce historia.

Da vida con tu vida a nuestra vida,
para que habiendo en nuestra vida enmienda,
contigo nos unamos en tu gloria.

A continuación (foja 102) está la *Epistola a la Serenissima Reina de los Angeles Sancta Maria Virgen y madre de Dios*, en tercetos, forma favorita de Mexía. Los tiene muy satisfactorios:

El luminoso Febo cuando sale,
no sólo mira al cerro levantado,
por parecelle que con él se iguale;
pero mira también al humillado
inculto valle, lóbrego, inameno,
dejándolo de honor y luz poblado.

Yo soy el valle humilde, el mal terreno
que sólo doy abrojos y maleza,
valle de culpas y miserias lleno;

junto a muchos pedestres o insulsos por extremo al relatar pesadamente la vida de María. Pero vuelve a levantarse cuando parafrasea los conceptos del *Cantar de los cantares*:

Levántate veloz, amiga mía,
paloma mía y mi hermosa amada;
y ven do estoy y ten mi compañía.

La nieve del invierno es ya pasada
y el diluvio de penas y dolores;
ven a la primavera deseada;

o cuando bizarramente describe la Asunción de la Virgen:

Y el cielo de las aguas trasparente
 el feudo os ofreció de sus cristales,
 como a divina y soberana fuente;
 y el primer móvil que a las celestiales
 esferas arrebató, estuvo quedo
 por besar vuestras plantas inmortales.

Léese después (foja 118 vuelta) la leyenda que denomina *La Perla*. *La vida de Santa Margarita virgen y mártir, dirigida al licenciado Alonso Maldonado de Torres. Presidente de la Real Audiencia de los Charcas, y agora oidor del consexo Real de las Indias*. Está escrita en bien manejados versos sueltos, de sabor muy clásico y latinista. Principia así:

¿Qué brazo es éste que con tanta fuerza
 expele deste mundo y su gobierno
 ¡cosa admirable! a los antiguos dioses;
 y que arma, incita y mueve a unas doncellas
 contra aquellas deidades que el Imperio
 romano en ara y templos veneraba?

Atestada de giros cultos semilatinos y de recuerdos mitológicos, esta leyenda hagiográfica de martirio e ingenuos milagros ofrece sin duda un carácter indeciso, híbrido; ¿pero no es éste —tanto en las obras maestras como en la subalterna poesía que analizamos— una de las encantadoras contradicciones que encierra el arte del Renacimiento, así en literatura como en pintura? Y a fe que nuestro buen Diego Mexía hace recordar la profana manera de ciertos lienzos italianos y aún de Murillo cuando se detiene a contemplar los floridos pechos de la virgen mártir:

Las divinas pomas, más preciosas
 que las del huerto hesperio.

Encontramos comparaciones de corte verdaderamente griego:

.....como
 suele doncella junto a la marina,
 viendo cerca llegar la forastera
 nave, huir, la delicada planta
 imprimiendo en la arena...

cierta animación en una escena venatoria y cierto color de legítima antigüedad en los preparativos del sacrificio:

La madre con la hija va; y entrando
ven a toda Antioquía junta y miran
resplandecer las coruscantes llamas
en los altares, y a los sacerdotes,
dar voces, celebrando los oficios
ante la estatua y simulacro muda
de Júpiter; escuchan los bramidos
de los toros que esperan dar su sangre.

Juno le dice a Venus, que va en busca de Mercurio:

En Ida lo hallarás, que con tu padre
entre unas hayas, al murmurio blando
de un arroyuelo están. . .

Méritos tenues seguramente, que nos saben a poco, y que puede con facilidad despreciar el refinado y descontentadizo gusto moderno; pero el historiador literario tendrá que confesar que el desconocido mercader que a principios del siglo décimosétimo, en un continente semibárbaro aún, en las lejanísimas y áridas breñas de Potosí, hallaba con espontaneidad tales toques, no carecía de algún dos poético y no había perdido el tiempo al estudiar los clásicos latinos.

Después se encuentra (foja 138 vuelta) la *Oracion en Alabanza de la Señora sancta Anna madre de la madre de Dios, orada en Potosí*. La recitó el autor en una fiesta de la Hermandad de Santa Ana, ante los Cabildos seglar y eclesiástico de la Villa:

No dudo (ilustre y docto ayuntamiento)
que os cause admiración y ponga espanto
ver que yo solo tenga atrevimiento
para subir do estoy, que es lugar santo;
yo que ni en letras, ni en entendimiento,
ni en lengua, ni en edad no valgo tanto
como el menor de los que en honra de Ana
aquí juntó la mano soberana.

Ayer cuando el planeta luminoso
oculto entre las ondas de Nereo
dejó corriese el velo tenebroso
la madre de la muerte y de Morfeo,
sentado en una silla el riguroso
instante imaginando en que me veo,
(docto auditorio) me hallé de suerte
que menos recelara de la muerte.

(17).—Puede ser el muy distinguido jesuita sevillano P. Alonso Messia, que desempeñaba por entonces el rectorado del Colegio de la Compañía en Potosí, distinto del jesuita criollo del mismo nombre que estableció la devoción de las Tres Horas del Viernes Santo, generalizada luego en todo el orbe católico.

Representaba acá en mi pensamiento
 esta discreta y santa clerecía;
 aqúeste religioso Ayuntamiento,
 lumbre de la ortodoxa Monarquía;
 contemplaba este sabio regimiento
 y al que es luz de la casa de Messía (17);
 y a los cofrades de Ana y al Senado
 en este santo templo congregado.

Contempléme también aquí subido,
 y que todos me daban grata audiencia
 por ver si al gran sujeto que he elegido
 igualan mis conceptos y elocuencia;
 mas yo que mi inorancia he conocido
 y desta ilustre santa la excelencia,
 comencé a vacilar, que el grave peso
 el alma sujetaba con exceso.

Carecen de sal y novedad las alusiones satíricas a los males y disturbios de la sociedad potosina:

...No hay guerras, discusiones, novedades,
 ni mentiras, ni chismes, ni porfías;
 no hay bandos, presunción, enemistades,
 engaños, detracciones, parlerías,
 ni juez cudicioso, apasionado,
 que ofenda al justo y libre al que es culpado.

No hay escribano que padezca vicio
 ni que lleve doblados los derechos,
 ni regidor que compre aquel oficio
 para pagallo a fuerza de cohechos.
 No hay ganancia con logro y perjuicio,
 ni hay alcabalas, sacaliñas, pechos,
ni allí cargar a nadie se consiente
hasta que el pobre caiga o que reviente (18).

No hay debajo de sello o nombre regio
 moneda falsa, falta y aparente;
 ni hay alma infame con renombre egregio,
 ni administra justicia el delincuente.
 No hay coima de corona y privilegio,
 ni hipocresía en cautelosa gente;
 no hay sed de plata, porque acá en el suelo
 la plata apesga y poca sube al cielo.

(18).—Se refiere al servicio personal de los indios en los caminos y *tambos* y al trabajo de acarreo en las diversas *mitas*, que era lo que se llamaba *cargarlos*.

No hay en aquel lugar damas fulleras
ni barberas que cortan de navaja,
 que si tienen ventaja en ser parleras,
 ya ¡oh gran vergüenza! juegan de ventaja (19).

.....

Las liras rotuladas *Memorare Novissima* (foja 154), endebles, paupérrimas, no merecen retener la atención. Sigue (foja 162) la *Egloga Intitulada El Buen Pastor, dirigida a Leonor de la Trinidad, fundadora y Abadesa de las monjas descalzas de la limpia concepcion del monasterio del señor san Josef en la ciudad de los Reyes del Pirú*. Véase como muestra de estilo la introducción a la mencionada abadesa y fundadora (que no era otra que la chuquisaqueña Da. Leonor de Ribera y Orozco, hermana legítima del célebre D. Rodrigo de Orozco, Marqués de Mortara, Grande de España, Gobernador de armas en Flandes y famosísimo guerrero en los reinados de Felipe III y Felipe IV):

Tú de la Trinidad sabia pastora,
 que de corderas el rebaño hermoso
 con santidad prudente pastoreas,
 y con custodia y guardia veladora,
 por pasto recoleto y religioso
 lo llevas, lo repastas y recreas,
 suplicote que leas
 mis versos pastoricios, suspendiendo
 el rigor de tu oficio, pues que sabes
 que es bien ir moderando y reprimiendo
 con algún dulce los cuidados graves.

Se hallan en esta égloga, que en conjunto es desléida y mediocre, uno que otro verso enérgico, una que otra sentencia expresiva y arranque; por ejemplo:

*Mas no sabe de amor, o sabe poco,
 quien ama y no da muestras que está loco.*

Es égloga meramente lírica, sin ningún diálogo. La compuso, como las anteriores obras, en Potosí, según se desprende de los versos finales:

(19).—Alude a la conocida fiera y belicosidad de las damas de Potosí, que con frecuencia atacaban a sus enemigos a cuchilladas, y en ocasiones llegaron a sostener con ellos lances de honor en toda regla, como es de ver en las curiosísimas crónicas locales.

Esto cantaba Delio, un pastorcillo
 hijo del Bétis, en el nuevo polo,
 en el *Argénteo Monte*, con su lira;
 y resonó tan bien el caramillo
 que reparó por lo escuchar Apolo,
 y de la historia y de la voz se admira.

La última pieza del manuscrito (foja 169 vuelta) es la *Egloga Intitulada El Dios Pan, en loor del Sanctísimo Sacramento en la Eucaristía, dirigida a don Diego de Portugal, del Consexo del Rey nuestro Señor, y su presidente en la Real Audiencia de los Charcas*. Lo importante aquí no es la égloga, sino la larga *Epístola y Dedicación* que la encabeza y que es, con mucho, la más notable composición del volumen. La escribió en Andamarca, lugarejo conocido en la historia del Perú porque en él fué ajusticiado el Inca Huáscar y arrojado al río su cadáver de orden de su hermano Atahualpa II, ya cautivo de los españoles. Principia por rememorar este suceso trágico sentido al caer de la tarde en las abandonadas piedras de la fortaleza que lo presenció; y de allí toma alas para considerar las mudanzas de la fortuna y las vicisitudes de los imperios:

Aquí, señor don Diego, en Andamarca,
 donde Quisquis, y el gran Cilicochima
 cortaron la cabeza a su monarca;
 junto al arroyo do con vena opima
 de rubicunda sangre dió a su vida
 el sin ventura Guáscar fin y cima;
 me hallo a la sazón que a su querida
 Tetis inclina la jornada Apolo,
 dejando esta región oscurecida.

Y como estoy aquí suspenso y solo,
 con la imaginación que no está queda,
 revuelvo desde el uno al otro polo.

Contemplo cómo vuela y cómo rueda.
 el tiempo irrevocable, y la fortuna
 cómo revuelve sin cesar su rueda.

A unos sube al cerco de la luna,
 a otros va contino atropellando,
 sin justa causa ni excepción alguna.

Un siglo viene, pásase volando;
 nacen mil gentes, muérense mil gentes;
 aquí naciendo y acullá expirando.

*Como las tiernas hierbas florecientes
 los unos nacen, otros son cortados,
 y van con los pasados los presentes.*

Los cabellos que ayer fueron dorados
 hoy plata son, mañana serán lodo
 y en sempiterno olvido sepultados.

Salvadas las debidas distancias, advertimos un aire de familia y parentesco entre los últimos tercetos trascritos de la presente epístola y la admirable *A Fabio*. Y no es ésta la única joya de la lírica sevillana que trae a la memoria involuntariamente; porque aquel hechizo melancólico de la desolación secular aquel encanto inefable de las ruinas, aquella enternecida y augusta contemplación de la vanidad de las grandezas históricas que Rodrigo Caro tendió como un amplio y rico manto sobre las reliquias clásicas de Itálica, lo hizo flotar también Mexía en el exótico escenario del breve y luminoso crepúsculo andino, sobre los destruidos restos de los castillos y palacios de los Incas. Por ello merece un lugar, junto a nuestro insigne cronista mestizo Garcilaso de la Vega, como iniciador del sentimiento poético de las antigüedades indígenas:

Los bárbaros antiguos que pisaron
 la tierra que pisamos los cristianos,
 ¿adónde están? ¿Adónde se ausentaron
 ¿Adónde está la multitud de manos
 que alzaron este fuerte donde escribo?

.....
 Del número de gentes excesivo
 que este camino a Huainacap hicieron,
 ¿daránse alguno por ventura vivo?

Todos pasaron, todos perecieron;
 y aquel que vive y más salud alcanza
 se volverá en lo que ellos se volvieron.
 ¿Pues qué diremos ya de la mudanza
 de aquellos que Fortuna más empina
 para mostrar en ellos su pujanza?

Al cielo los ensalza y avecina;
 y estando llenos de soberbia y brío
 mueve la rueda con mortal ruina.

Testigo es el guijarro yerto y frío,
 lleno de sangre, que mi mano abarca;
 y testigos las aguas de este río.

Testigo y buen testigo es Andamarca;
 testigo es el asiento deleitoso
 del pueblo principal de Cajamarca.

Aquí siendo monarca poderoso
 Ataballipa Inga y arrogante
 por verse de su hermano victorioso,

se vió captivo y preso en un instante,
sin que su orgullo valeroso y fuerte
a lo librar de allí fuese bastante.

.....
Acá el rey Guáscar vióse en el gobierno
supremo del Pirú, y en un momento
fué preso, muerto y puesto en el infierno;
y aqueste arroyo o río fué sangriento
con su sangre real; y sus contrarios
alegres con su muerte y vencimiento;
y la gran multitud de centenarios
de indios que mandaban este suelo
quedaron, aunque libres, tributarios.

De la súbita catástrofe de los Incas y del continuo mudarse de las designaciones y reinados en el mundo, saca el poeta altas y desengañadas lecciones de filosofía política sobre la inestabilidad del poderío castellano, minado por los abusos y mal régimen de las colonias; y con mirada casi profética descubre las amenazas que se encerraban en el oscuro porvenir contra el dominio español, al parecer incontrastable y eterno:

Y viendo tanto cetro, tanto mando,
trocar, deshacerse y anularse,
está el pueblo Español sordo y pecando.

Ve a su nación crecer y propagarse,
y sujetar un mundo y otro mundo,
y entiende que esto nunca ha de acabarse.

Como se ve en el Orbe sin segundo,
piensa que tiene a Dios de los cabellos
y olvida su jüicio tremebundo.

Vese en peligros y que sale dellos,
y dale Dios mil bienes soberanos,
y oféndele, y no quiere conocelles.

No advierte que el que puso a los indios
reinos en su poder, con su potencia
se los puede quitar de entre las manos.

Tras este valentísimo exordio, se dirige al oidor Portugal:

Dadme, Señor, licencia y dadme audiencia
para que pruebe aqueste pensamiento,
porque así se descargue mi conciencia.

Expone la parábola de la viña en el Evangelio, y prosigue:

No hay para qué alegar Medos ni Persas,
ni Griegos ni Romanos, pues que todos
son nada por sus obras tan perversas.

Sólo no diga España de sus Godos:
por los pecados de su rey Rodrigo
¿en cuántos meses se acabaron todos?

Pues si dentro de casa hay tal testigo,
¿cómo por tanto crimen y pecado
no recelamos un muy gran castigo?

Tiene a los Españoles arrendado
el cielo este Pirú, para que demos
del buena cuenta a Dios, que nos lo ha dado;
y ya que sus profetas no matemos
ni al hijo mayorazgo que adoramos,
ni su culto debido lo neguemos,
por lo menos la viña decepamos,
pues apenas hay cepa ni sarmiento
de aquella inmensa multitud que hallamos.

Menciona los daños morales y materiales que padecían los indios, y en general todos los habitantes del Virreinato:

A sus almas causamos detrimento
con nuestro mal ejemplo; ¡oh caso grave!
que me engolfo en un cuento do no hay cuento.

Vos lo sabéis, Señor, y a quien lo sabe
no lo quiero escrebir, que es bien que tema
que si describo vicios, nunca acabe.

Basta decir que el nombre se blasfema
de Cristiano, y a muchos es odioso,
y es recebido ya como anatema.

¡Pues a sus cuerpos! Caso es espantoso
ver las grandes miserias que sobre ellos
vienen por nuestro imperio poderoso.

Démonos mucha priesa a deshacellos,
talemos esta viña malograda,
no haya sarmiento ni memoria dellos;
que aquel buen Dios por quien está arrendada,
quizá, y aun sin quizá, si no hay enmienda,
nos la verná a quitar por despoblada.

Y en cuanto a nuestra vida, tan sin rienda
va ya el caballo en todas ocasiones,
que no se qué se espere o qué pretenda.

Veo en lo monacal mil disensiones,
veo lo clerical muy alterado,
veo en lo secular grandes traiciones.

En esta acusación general de todos los yerros y máculas del Perú, no omite, en vagos términos generales, los pecados propios, acerca de los cuales emplea una bella imagen, imitada de los Salmos:

Corren mis culpas como grandes ríos,
que a unas aguas alcanzan otras aguas:
así a unas culpas otros desvaríos.

Y volviendo a tomar el hilo de su severo sermón poético, conmina a la colonia con grandes escarmientos de la ira divina, presagiados y anunciados por las calamidades ya sobrevenidas:

Temo también por nuestra impenitencia
que ha de venir del cielo algún castigo
que del Pirú reprima la insolencia;
y en prueba que es verdad lo que aquí digo
señales de ello ha dado y nos da el cielo,
de algunas de las cuales soy testigo:
que antes que un edificio venga al suelo,
señales da con quiebras o terrones
que avisan, o a lo menos dan recelo.

Hace el recuento de todos los azotes y desgracias que hasta allí habían afligido el Perú, tomando las cosas desde las rebeliones, bandos y matanzas inmediatamente posteriores a la conquista:

Señales fueron ciertas las campales
guerras civiles, donde perecieron
millones de inocentes naturales;
y muchos españoles pospusieron
la vida y honra y cuanto poseían
por su interés, y así se consumieron.
Mostró en esto el Señor que le ofendían,
y castigó la libertad tirana
con que a su natural Rey deservían.

Viene en seguida la pintura de los numerosos desastres y estragos naturales acaecidos en el Perú y sus confines por aquellos años. El primero a que atiende, es la terrible inundación de Trujillo y destrucción de la villa de Saña por insólitas tempestades el año de 1578:

¿Pues ya el diluvio de la trujillana
tierra no fué señal? Fué y tan urgente
cual no podrá explicallo lengua humana;
que en Chimo y Saña, donde el sol ardiente
con fuego y rayo eclíptico no deja
que el cielo llueva sobre tanta gente,

y donde el Sur con soplo eterno aleja
las nubes, y llover no les permite
ni humedecer los sulcos de la reja,
en este tiempo el gobernar remite
al Austro o brisa, y dale el cetro y mando
de nuestro nuevo Antártico Anfitrite;
y la ley a las nubes derogando,
en Trujillo y sus valles llueve tanto
que en campo arado el pece anda nadando.

Los templos, casas, *chácaras* y cuanto
de tierra era compuesto, al suelo vino;
tembló la tierra, el Orbe cobró espanto.

Y si perseverara el torbellino,
la costa desde Santa a Tumbes llena
de lluvia, fuera reino neptunino.

Aquí se vió la fértil tierra y buena,
huérfana de su flor y de sus mieses,
y darse trigo en médanos de arena;
vióse la nao que dando mil traveses
de Panamá al Callao tarda un verano,
llegar en mucho menos de dos meses.

Pasa luego a tratar de las desgracias de Arequipa, con el terremoto del 2 de enero de 1582 y la erupción del volcán Huayna Putina o Quinistaquillas en febrero de 1600:

Tembló la tierra, apareció el profundo
por estupendas quiebras; espantóse
Baco, por ver su reino tremebundo.

El más sublime alcázar humillóse;
y la casa más fuerte y encumbrada,
al disponer del cielo sujetóse.

La gente vió la hacienda sepultada
y por el suelo cuanto la autoriza;
y quedó con temor, mas no enmendada.

¿Paró en aquesto? No; que la ceniza
de Omate con diluvio prodigioso
la anubla, asombra, abrasa y cauteriza.

Bien sé que allá en Sicilia el espantoso
Etna vierte cenizas por el viento
con tumulto y estrépito furioso.

Pero lo de Arequipa ha sido cuento,
aunque visto, increíble, pues vencieron
sus cenizas al mismo pensamiento.

Por infinitas leguas se esparcieron,
al Sol por muchos meses eclipsaron,
a Omate y a otros pueblos destruyeron.

Los caudalosos ríos se ahogaron,
y después, a pesar de sus represas,
mil heredades con furor robaron.

De las cenizas pálidas y espesas
figuras en los aires se formaban;
y el suelo regoldó fuego y pavesas.

De la ceniza cerros se encumbraban,
y éstos después, corriendo por la tierra,
si una torre encontraban, la llevaban (20).

¿Paró en aquesto? No; que nueva guerra
otro temblor le hizo ha pocos años:
que un mal, si es solo, poco mal encierra.

Aqueste fué el remate de sus daños,
aqueste fué su grave disconsuelo,
de aqueste habrá memoria en los extraños (21).

Y entonces dispensó el airado cielo
que el Mar del Sur por cuatrocientas leguas
de costa se extendiese por el suelo.

Rompió el horrendo piélago las aguas;
y el nombre de Pacífico dejando,
tomó el bravo de Golfo de las Yeguas;
y en la ciudad de Arica ejecutando
su cólera, le vido los cimientos
casas, tesoro y muebles devorando.

¿No bastan, di Pirú, tantos portentos?
¿No bastan, di Pirú, tantas señales
para volver a Dios los pensamientos?

Pero responden que estos y otros tales
no pueden ser indicios del castigo
que temo, por ser cosas naturales.

¡Oh inorancia invencible! Mas ¿qué digo?
¿inorancia invencible? ¡Oh gran malicia!
Tú mesma, y presto, me hasta de ser testigo
cómo la suma y celestial Justicia
a las segundas causas siempre elige
para verdugos de tu gran nequicia.

Con ellas, ya amenaza, ya corrige,
ya avisa, ya se estrecha, ya se espacia,
ya nos suspende el mal, ya nos oflige;

(20).—La fidelidad de todos estos detalles está confirmada por el relato del Padre jesuita Martín del Río, que puede verse en sus *Disquisiciones mágicas*, lib. IV, cap. III, cuestión 2ª.

(21).—Ha de ser este nuevo temblor el del 24 de noviembre de 1604, que asoló hasta Siguan y Camaná.

hasta que viendo nuestra pertinacia,
llegue la ejecución de aquel edito
de nuestro azote y última desgracia.

También quiero contaros lo de Quito (22),
aquel prodigio y fuego que lo vimos,
y no le damos fe viéndolo escrito.

Y si presentes al suceso fuimos (23)
y dudamos en ello, el venidero
siglo cómo creerá lo que escribimos?

Un excelso volcán, un gran minero
de azufre y de salitre mixturado,
habitación del Múlciber herrero
estaba junto a Quito tan preñado
del fuego allá en su vientre concebido
que parió cuando menos fué pensado.

Abrió la tierra; hizo tal rüido
al escupir del fuego, que en su cielo
Marte se estremeció del estampido.

El Visubio, el Fayal, el Mongibelo
con tal exuberancia no poblaron
de sus cenizas al humilde suelo;

pues fueron tantas que a la mar volaron
más de cincuenta leguas, y a un navío
cubrieron, y a sus nautas admiraron,
y algunos pueblos que en el valle umbrío
a la parte del Norte Hesperio estaban
los sepultó el diabólico rocío (24).

Después de los castigos de la Naturaleza, vienen los alborotos y sediciones de los pueblos, como los motines del mismo Quito contra la alcaldía, en el período del Virrey D. García Hurtado de Mendoza:

No quiero aquí tratar de aquella guerra
civil que fué pesada de liviana,
pues tanta necedad y afrenta encierra.

(22).—La erupción del Pichincha en 1566. El mismo fenómeno ha sido cantado, y harto mejor, por otro poeta colonial, el Conde de la Granja, en su *Vida de Santa Rosa* (1711), canto VI. Es de los mejores trozos descriptivos de la poesía del Virreinato:

Densos vapores su crestada cumbre
como penachos trémulos ondea...
Sólidos riscos que en tenaces lazos
Naturaleza ató, rompe en centellas...

(23).—No hay que tomar esto al pie de la letra, porque ya sabemos que Diego Mexía, según propia confesión, salió de España en 1584.

(24).—“Por fin, reventó este volcán, y declinando a la Mar del Sur arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió dél”. Fray Reginaldo de Lizárraga, *Descripción y población de las Indias*, libro I, capítulo LV.

Señal del cielo fué; que como Arana (25)
fué sobre Quito, temo que así llegue
sobre nosotros la ira soberana.

En estos sucesos de Quito, sobre los cuales excusa Mexía insistir, tuvo principal ingerencia D. Diego de Portugal, a quien va dirigida la epístola, pues fué nombrado Corregidor y Capitán General después de aquietada la ciudad y cumplida la comisión de Arana, y bajo su mando se implantó definitivamente la alcabala tan resistida (26).

Pasa a tratar de las desdichas de Chile, y al describir cómo se salió el mar y anegó el puerto y valle de Valdivia, tiene esta suave pincelada:

Y aquel aliso donde puso el ave
su nido, con un ímpetu terrible
va por el mar a donde el cielo sabe.

Sigue con la infausta sorpresa y muerte de Martín García de Loyola (en noviembre de 1598):

Y aquel suceso mísero y horrible
del ínclito Loyola, es señal cierta
que es nuestra culpa a Dios aborrecible.

Tanta gente española recién muerta
por el furor del bárbaro Araucano,
prueba que mi sospecha no es incierta.

Afrenta es grande del honor cristiano;
y bien se echa de ver que nuestro celo,
como fundado en oro, es celo vano.

No pretendemos que se vaya al Cielo
el indio, mas que saque plata y muera
barreteando el corazón del suelo.

Pero la noticia que más agitó y consternó los ánimos del Virreinato, fué la de la pérdida y carnicerías de la ciudad de Valdivia, el año siguiente de 1599. Nuestro poeta exclama:

Infelice Valdivia, yo quisiera
cantar tu destrucción y amarga historia.....
.....

pero inmediatamente se retiene:

(25).—El General D. Pedro de Arana, que al frente de algunas tropas enviadas de Lima redujo Quito a la obediencia, castigó con la muerte a los principales culpables y trajo preso al Presidente de la Audiencia.

(26).—Posteriormente, y antes de pasar de Oidor a Chuquisaca, era don Diego de Portugal, hacia 1607, Corregidor de La Paz.

¿Para qué he de cantar una vitoria
contra la presunción y honra de España,
pues debe ser maldita su memoria?

¿Para qué he de cantar bravos soldados
muertos cual mansos bueyes en dehesas,
y niños en paredes estrellados?

¿Para qué he de cantar matronas presas,
sirviendo infamemente de *mitayas*?
Pluma, no más; que niegas y confiesas.

No más; que en caso tal es bien que vayas
con más moderación y con más tino,
porque en sospecha de mordaz no cayas.

Y apartando los amedrentados ojos de la funesta frontera araucana, los pasea por los demás ámbitos de la colonia, descubriendo por dondequiera nuevos lutos y desastres: el cataclismo que sepultó el pueblo de Ancoanco en Tembladerani, al Sudeste de La Paz (Chuquiabo), a principios del siglo XVII; los terremotos de Lima de 9 de julio de 1586 y de octubre de 1609; y, por fin, las audaces incursiones de los piratas:

 Cuéntenos Chuquiabo el torbellino
y terremoto que con fin molesto
a Angoango hundió su convecino.

 Estaba al pie de una ladera puesto,
sitio arenisco y no bien amasado,
aunque para su daño bien dispuesto;

 cuando se vió de golpe derrumbado
con tal velocidad que Angoango y gente,
sin poder se librar, quedó enterrado,

 como da y hunde el rayo de repente
la torre, aunque su fuerza se lo veda,
y se oye el golpe y daño juntamente.

 Sicélides aquí, para que pueda
decir la gran señal que el cielo en Lima
nos dió, vuestro favor se me conceda.

 Bien que a la mano horror, al alma grima
pone querer contarla en breve suma,
y su memoria sola nos lastima.

 Mas porque el tiempo avaro no consuma
portento tan horrible y temeroso,
con brevedad lo tocará mi pluma.

 El mes de julio, cuando de pluvioso
velo en Lima y sus valles está el cielo
cubierto, y no da luz el sol hermoso;

año de ochenta y seis que vino al suelo
el Verbo y en el Templo Nazareno
apareció con nuestro humano velo;

día de San Zenón, del mes, noveno,
cuando Apolo de Tetis, allá dentro
del mar, gozaba el regalado seno;

a dos horas de noche, empezó el centro
a estremecer, que Bóreas encerrado
salir quería con furioso encuentro.

Sintióse en Lima el caso no pensado;
y ocupó el miedo al más robusto pecho,
quedando opresos de un sudor helado.

Varones y mujeres con despecho
desamparan sus casas, y a lo raso
huyen, viendo crugir el alto techo;

mas no siendo el temblor por esto escaso,
crece de modo que al que dél huía
con muerte le atajaba el veloz paso.

Aquí de voces el rumor se oía,
allí de casas el medroso estruendo
cuando el techo en la tierra se imprimía.

El mar rebrama con furor horrendo
y pasa de la raya por Dios dada,
Callao, bodegas, chácaras hundiendo.

Estaba allí en la playa levantada
una *berraca* o toldo, y dentro de ella
la excelencia del Rey acá enviada (27).

Imbístela Neptuno por sorbella;
y al Visorrey, turbado por librarse,
fué necesario por detrás rompella.

Comienza todo puerto a derrumbarse,
y la ciudad famosa y opulenta
a declinar al suelo y humillarse.

La gente con el miedo desatiente,
y en las plazas y patios y corrales
huyendo se ampararon de la afrenta.

Los templos, que aspiraban a inmortales
con fábrica exquisita y suntüosa,
dieron indicio y muestra de mortales.

Aquí se vió la madre, ¡oh grave cosa!
dejar al hijo en lóbrego aposento
y huir a la calle temerosa.

Y tú, sagrado Lima, tremolento
sobre la urna, ainas la quebraras
cuando sentiste remover tu asiento.

Tus dulces aguas, líquidas y claras,
entonces enturbiaste con arena;
y aún entendí que a la ciudad llevaras.

Creció la rebeldía y más la pena,
pues el año de nueve el cielo santo
a semejante azote la condena.

Tiembla la tierra con pavor y espanto
muy a menudo; y nuestros corazones,
con ser de carne, no hacen otro tanto.

De plazos usa Dios y dilaciones
para poner al hombre algún recelo,
pero en dureza somos Faraones.

No fué menor señal la que dió el cielo
cuando la cana linfa navegando
del norte al sur el Anglio fué de un vuelo.

Y el estrecho y sus ondas contrastando,
por este mar (a él nuevo) costa a costa
bajó, el templo de Doris profanando
cual otro Tisifone; y cual langosta
taló, quemó y robó; hizo notoria
su fama de ladrón a nuestra costa.

Hurtó la mayor presa que en memoria
se halla, y con menores prevenciones;
diéronle nuestros crímenes victoria;

y lo que es de dolor, que a las naciones
extranjeras, dió orgullo y osadía
de imitalle y venir a estas regiones.

*Y así se ve y veremos cada día
el mar cuajado de contrarias velas.*
¡Permita Dios sea falsa mi poesía!

Miremos el castillo y centinelas
de la Isla Española defraudadas,
y sin efecto todas sus cautelas;

la ciudad y haciendas saqueadas,
los templos con horrenda irreverencia
violados, y sus aras afrentadas.

Contemplemos la mísera violencia
que el Drac o Drago hizo en Cartagena,
sin hallar en su entrada resistencia;

y aquel bravosear, viendo su buena
dicha, y de nuestra gente el disparate
digno de eterna culpa y grave pena;

pues sin hierro, sin sangre, sin combate,
rinden su libertad, su patria y tierra,
dando como captivos el rescate.

Dichoso el pecho do virtud se encierra,
dichoso aquel varón que en honra estriba
en dulce paz, en santa y justa guerra!

Porque este tal, agora muera o viva,
siempre de sí sacude el vituperio,
y al parangón de honor y fama arriba.

¡Oh victoriosa España que el imperio
tienes en armas sobre el mismo Marte!
¿Cómo puedes sufrir tal improperio?

¿Por qué no das al viento el estandarte
de grandiosas victorias matizado,
procurando vengarnos y vengarte?

¿Por qué contra el Inglés descomulgado
no tremolas católicas banderas
y dejas todo el Orbe escarmentado?

Mira que ya han sulcado las riberas
seis veces del Perú: remedia luego,
que esto es hacer ya burla de tus veras.

Bien ves a Paita arder en vivo fuego (28),
y a la nave Santa Ana de Manila
en poder del hereje torpe y ciego (29).

Puerto Rico da voces que aniquila
el Albión su puerto y su contento,
y sorbe sus tesoros como Cila (30).

Todas las islas de ese Barlovento
claman, ¡oh España! vengues su inocencia,
si no es que lleva su clamor el viento.

Pues tanta enfermedad y pestilencia (31)
como nos cerca, ¿qué es sino un extremo
castigador de nuestra impenitencia?

¿Landres en el Pirú? Cierto que temo
que es plazo peremptorio concedido
para ponernos de por vida al remo.

A nuestro Dios tenemos ofendido;
y el mar de su justicia, a la resaca
de nuestra perdición ha prevenido.

(28).—El saqueo e incendio del puerto de Paita por el corsario inglés Cavendish o por el holandés Spilberg.

(29).—Debe de ser la presa que Cavendish hizo en las costas de México del galeón de Filipinas.

(30).—Ataque de Drake y de Juan Hawkins, en que murió este último.

(31).—La famosa epidemia de viruelas que diezmo a los indios en el período del Conde del Villar Don Pardo.

No carece de alguna viveza y novedad esta última metáfora. Concluye con una fervorosa deprecación:

¡Oh Sumo Dios! tu indignación aplaca.
Corrígenos, Señor; no nos destruyas,
pues nos formaste desta carne flaca.

.....
Rompe el proceso sin echar el fallo;
haz vanas las señales de esta carta
y aun otras muchas que de industria callo.

Y por fin, dirigiéndose al Presidente D. Diego de Portugal, acaba:

Y vos, cuya paciencia ha sido harta
en hacerme merced de estar atento,
no os pese de dejar un rato a Marta.

No ha de ser todo dar el pensamiento
al oficio de Vuestra Señoría
ni a los cuidados de ese altivo asiento.

No ha de ser todo azogue y behetría,
barras, pleitos y lites engañosas,
majestad y altivez y monarquía.

También es bien pensar en estas cosas
por aplacar a Dios y echar el resto
en hacernos obrar las virtuosas;

demás que no debemos tratar desto
sino con el que tiene el poderío
para obrar y mandar justo y honesto.

Y si enfadare este discurso mío
como severo, temeroso y grave,
recebid al *Dios Pan* que aquí os envío.

Este Dios Pan, asunto de la égloga dramática, no es otro, por un juego de vocablos, que el Santísimo Sacramento:

Quede, pues, ensalzada y sublimada
la Santa y Venerable Eucaristía
y del pueblo español glorificada;
que ella dilatará la monarquía
nuestra, *a pesar de cuantas mariposas
quieren matar la luz de nuestro día.*

Y así, Señor, prestad las religiosas
orejas, mientras cantan mis pastores
al gran Dios Pan de Arcadia grandes cosas
que han de ser para vos lazos y amores.

Dicha égloga sacramental celebra el privilegio de la Esclavitud del Santísimo, concedido por Paulo V a la Monarquía Española, y se escribió para ser representada un día de Corpus en Potosí, que es el *argentino pueblo* a que alude (como se prueba por el hecho de mencionar en la relación de las fiestas al Cabildo o Ayuntamiento solo, y no al Arzobispo ni a la Audiencia, lo que no ocurriría, por cierto, si se tratara de la ciudad de La Plata o sea Chuquisaca). Intervienen en la égloga tres pastores, Damón, Melibeo y Títiro, el primero de los cuales, pagano, se convierte y se decide a bautizarse en los últimos versos. Intercálanse en los diálogos cinco villancicos, casi todos de discreto levemente conceptista:

Pan cuyo olor y color
siendo de pan, y sabiendo
a pan, no es pan; no lo entiendo.
Mi fe lo entiende mejor.

.....

Cristo se iba y para que
se nos quedase, ordenó
quedarse en pan; y así dió
vida y mérito a la fe.

.....

Hombre, como a Dios en pan;
mas come de culpa ajeno,
*que si pan es para el bueno
para el malo es solimán.*

Pastores, yo pierdo el seso,
ya no hay cosa que me asombre.

.....

Pinta la suntuosidad de los regocijos populares de Corpus en el populoso y riquísimo Potosí de entonces: los altares erigidos en las calles y recargados de adornos, las serpentinas, los cohetes, las tarascas y cuadrilla de danzantes, y la pompa de las iglesias:

... Los doseles
mira, que unos rieles de oro puro
los orlan; yo asiguro que los fluecos
de aljófár y los huecos estofados
de lienzos enredados de mil franjas,
y las medias naranjas de allí encima,
ni las ha visto Lima, ni vió Roma
tanto pebete y poma ...

Son curiosas estas particularidades; pero el mérito dramático y poético de la égloga es ínfimo.

Queda analizada la *Segunda Parte del Parnaso Antártico*. Resta ahora por averiguar el paradero de la *Tercera Parte*, cuyo próximo envío anunciaba el autor al Príncipe de Esquilache en la dedicatoria que hemos copiado atrás. Convendría buscarla de preferencia en las bibliotecas y archivos de España e Italia que contengan manuscritos procedentes de las familias de Gandía, Esquilache y Simari, pues prometió Mexía, no sólo dedicar dicha *Tercera Parte* al *virrey-poeta*, sino llenar gran porción de ella con los elogios de su persona y casa; y es probable que desde el año 1617 hasta el 1622 (año de la partida de Esquilache a España) tuviera tiempo para cumplir la promesa, y que el Príncipe conservara en su librería el manuscrito de sus alabanzas. Si algún día aparece, acabaremos de conocer el ingenio de este amable versificador sevillano, que acertó a elevarse a las veces hasta el estro más noble, y que fué uno de los más lucidos representantes de la literatura peruana en los comienzos del siglo XVII.

13 de Abril de 1914.